



UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

ESCUELA DE POSTGRADO

**MUJERES QUE VIVEN DOBLE PRESENCIA: TEJIDO COMUNITARIO EN  
TRABAJADORAS DE EDUCACIÓN INICIAL**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología, mención Psicología Comunitaria**

**NATALIA LICHTENBERG JURFEST**

**Directora:**

**MARÍA JOSÉ POBLETE ALMENDRAS**

**Santiago de Chile, 2022**

## **DEDICATORIA**

Dedico esta tesis a todas aquellas mujeres que hacen posible la sostenibilidad íntegra de la vida, haciendo el trabajo que este sistema ingrato, opresor y ambicioso no se atreve a reconocer.

## **AGRADECIMIENTOS**

A María José, por su acompañamiento cálido, alegre y oportuno, pues sentí que todo este proceso lo fuimos caminando juntas. Agradezco el tiempo destinado a este proyecto y a la confianza en la escritura. Su compañía fue un sustrato fundamental para disfrutar de esto.

A mi hijo Damián, por hacer que todo tenga un sentido más humano, amoroso y genuino. Por permitirme el maravilloso regalo de cuidarte.

A Diego, por su ímpetu constante y confianza ciega en mí. Por demostrarme su amor con la defensa cotidiana de los espacios, entre pandemia y maternidad, que necesité para realizar esta tesis. Por ser refugio incondicional.

A mi madre, Patricia, y a mi padre, Mauricio, por todos los cuidados que me han dado a lo largo de mi vida, por su amor y confianza. A mi hermano, Roberto, quien -sin saberlo- me animó a cuestionarme la vida de una manera política, y por dulcemente estar ahí para mí en todo este proceso.

A mis amigas queridas, que siempre han estado ahí.

A las mujeres que participaron de esta tesis.

## RESUMEN

A través de esta investigación busqué comprender las formas en que la doble presencia atraviesa la vida cotidiana de mujeres que cuidan, posibilitando o limitando modos de articularse en común con otras y otros, lo que se ha denominado *tejido comunitario*.

En la búsqueda de tensionar el modo tradicional de construcción de conocimiento, opté por las Producciones Narrativas para permitir la emergencia de textualizaciones coproducidas con las mujeres que fueron parte de este proceso, generando conocimiento teórico situado.

Los relatos muestran la manera en que la doble presencia impacta en distintas dimensiones de la vida, en especial el tiempo y espacio, configurando un escenario en el que escasean las oportunidades de formación comunitaria fuera del ambiente laboral y familiar.

Se concluye que las posibilidades de que emerja tejido comunitario van de la mano con la colectivización del cuidado. Junto con esto, el jardín constituye una de las principales formaciones comunitarias en la vida de estas mujeres, por lo que se considera fundamental repensar el rol que el lugar de trabajo tiene en tanto espacio de comunidad.

**Palabras clave:** doble presencia, tejido comunitario, comunidad.

## INDICE

I.	<b>CAPITULO 1: LA CRISIS DETRÁS DE ESTA INVESTIGACIÓN</b> .....	1
i.	Motivaciones iniciales.....	3
ii.	La doble presencia en el escenario actual de la crisis de los cuidados.....	4
iii.	Mujeres que trabajan en educación inicial en un contexto neoliberal.....	6
II.	<b>CAPÍTULO 2: PERTINENCIA Y METODOLOGÍA</b> .....	9
i.	Mujeres, comunidad y doble presencia .....	9
ii.	Pregunta de investigación y objetivos .....	16
iii.	Carácter, enfoque y tipo de estudio .....	17
iv.	Producción narrativa .....	18
v.	Participantes .....	20
vi.	Análisis de las producciones .....	21
vii.	Aspectos éticos.....	22
III.	<b>CAPÍTULO 3: LOS CUIDADOS EN MI VIDA</b> .....	24
i.	¿Quién cuida de mí?.....	25
ii.	“Darlo todo por ellos” .....	33
iii.	¿Porque quiero o porque debo? entre el amor y la culpa .....	42
IV.	<b>POSIBILIDADES DE LO COMÚN EN UNA VIDA DE DOBLES PRESENCIAS</b> .....	49
i.	¿De dónde sacar momentos cuando el cuerpo está cansado?.....	50
ii.	Mis límites y posibilidades para estar en común.....	60
V.	<b>CAPÍTULO 5: REFLEXIONES FINALES Y APERTURAS</b> .....	75
i.	Reflexiones finales .....	75
ii.	Aperturas sobre las producciones narrativas .....	83
VI.	<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	86
VII.	<b>ANEXOS</b> .....	96

## I. INTRODUCCIÓN

El transcurrir de la vida se va configurando situado desde distintas estructuras que se articulan y permean entre sí. El patriarcado, como estructura a la base que engloba o contiene a otras formas de dominación, organiza la matriz sociocultural y los planos simbólicos, afectando los imaginarios y los procesos identitarios, así como también consolida un modo particular de organización social (Quapper, 2012). En este sentido, se ha configurado la asociación de mujer-maternidad como una ecuación natural en el imaginario social, dando cuenta de lo feminizada y familiarizada de la labor de cuidados. Por otra parte, el ingreso al mercado laboral de las mujeres ha evidenciado un vacío en la provisión de los cuidados, pues ya no pueden seguir cuidando como lo hacían antes, sin embargo la sociedad, con su injusta Organización Social del Cuidado, no ha modificado sus estándares en torno a ello.

Hace unos años empezó a rondar el término “doble jornada laboral” (Tereso y Cota, 2017) para dar cuenta de cómo las mujeres disponen su cotidiano, primero, en torno al trabajo remunerado, para luego llegar al hogar y cumplir con otra jornada, ahora a cargo de las tareas de cuidado. Hace unos años, Laura Balbo (1994) acuña el término “doble presencia” para repensar la organización del tiempo y del espacio en el escenario cotidiano de las mujeres, proponiendo que no existe una división de jornadas laborales, sino más bien una superposición o solapamiento de ellas, generando demandas sincrónicas provenientes de distintos espacios.

El fenómeno de la doble presencia adquiere diversas expresiones según cada experiencia singular. Es un fenómeno que se vive, se siente, se encarna. Según Carrasquer (2009) las condiciones del hogar y del empleo son cruciales para incidir en las formas que adquiera. En este sentido, la Educación Parvularia presenta especificidades que llaman la atención e invitan a agudizar la mirada. Las mujeres que se desenvuelven en esta área basan su quehacer en la provisión de cuidado y educación a niños y niñas, a la vez que es uno de los eslabones con condiciones laborales más complejas (OCDE, 2019). Las mujeres que, además, son cuidadoras en el hogar, presentan un flujo de cuidados que es más bien unidireccional y continuo, generando efectos en sus cuerpos y trayectorias de vida.

Por otra parte, la vereda de lo comunitario ha experimentado transformaciones a lo largo del tiempo, encontrándose actualmente con múltiples retos y tensiones para la disciplina que lo estudia (Rodríguez y Montenegro, 2016). Uno de los desafíos que asume esta investigación, es comprender cómo articular la tendencia individualizante y autonomizada (Canales, 2007) que emerge desde lo que Bengoa denomina la “compulsión modernizadora” (2018) con la identidad y la pertenencia (Bengoa, 2018). Canales (2007) propone que el desafío radica en “cómo transformar la autonomía

en nueva comunidad. Cómo construye comunidades para autónomos” (p.1). Además, Carrasquer (2009) ya proponía que la doble presencia genera un nuevo colectivo que no ha sido reflexionado desde la academia, que son las mujeres adultas autónomas e insertas en el mercado laboral, pero que se mantienen con roles de cuidado protagónicos en el hogar. Este nuevo colectivo, foco de esta investigación, continúa desplegando su cotidiano en un ambiente desigual que merma las posibilidades de vivir una vida en bienestar. Se considera relevante, por lo tanto, analizar aspectos de su cotidiano, para luego poder proponer aperturas sobre qué transformaciones son necesarias -y posibles- en la búsqueda de resquebrajar los efectos del patriarcado y capitalismo.

La interrogante por la articulación entre estos dos polos, el de la autonomía y el de la pertenencia, es compleja en sí misma, pero se vuelve específica cuando se piensa en cómo hacerla posible en mujeres que experimentan el fenómeno de la doble presencia, y de allí la inquietud que inicia esta investigación, respecto de las posibilidades y limitaciones que experimentan las mujeres que trabajan en educación inicial para la formación comunitaria, cuando se está atravesada por el fenómeno de la doble presencia.

El sumergirse en esta pregunta, será a través de las Producciones Narrativas, en tanto metodología que pone en tensión los modos tradicionales de producción de conocimiento. Se propone un instrumento que sigue los lineamientos de esta metodología, buscando relevar un carácter conversacional y no estructurado, pero con dimensiones y áreas previamente esbozadas.

## II. CAPITULO 1: LA CRISIS DETRÁS DE ESTA INVESTIGACIÓN

### i. Motivaciones iniciales

La vida me llevó a desenvolverme profesionalmente en el contexto de educación inicial en la zona sur, urbana y rural de Chile. Momento en el que observé, comprendí y contorneé con mayor claridad y nitidez los planos de acción de la educación inicial. Y con planos de acción me refiero a todos esos lugares y personas que se ven implicadas en la red de provisión de atención educativa a la primera infancia: las familias del personal educativo y técnico, las de los niños y niñas y, por su puesto, que ellos y ellas en tanto protagonistas de su propia trayectoria.

Esta experiencia en mi trayectoria de vida se acompaña de un lente que me permite difractar cada situación vivida, observada y sentida desde el ángulo del feminismo. Es gracias a este lente que puedo ver mejor y aproximarme con mayor sensatez a los distintos espacios que voy transitando. Y así, mi paso por los jardines infantiles me atraía constantemente a pensar en ellas, en las mujeres que se encargan, durante muchas horas al día, de cuidar y educar a tantas niñas que están a su cargo.

Fueron emergiendo múltiples constataciones como, por ejemplo, la fraternidad que, en la mayoría de los jardines, emanaba de los equipos educativos. Y cómo, desde esa fraternidad, emergen lazos de amistad que trascienden las fronteras del lugar de trabajo, posibilitando el encuentro en otros espacios. También observé con gran asombro cómo se hacía presente tan protagónicamente, en discurso y materialidad, la lógica de los afectos. Eran mujeres que pensaban en cuidar, proteger, incluir, defender y educar, y plasmaban eso día a día.

Y así, fueron surgiendo distintas constataciones que, en un primer momento, me llevaron a aproximarme a este proceso investigativo con el foco en las niñas y la calidad de la atención recibida en los jardines infantiles. Pero luego, a medida que me aproximaba con mayor profundidad a los antecedentes del problema y revisaba la evidencia disponible sobre el sistema educativo chileno, me empezó a inquietar que la constitución del nivel de educación inicial tuviera cifras tan alarmantes en relación con el resto de los niveles



educativos, principalmente en relación con condiciones laborales y con la -casi total- feminización de la labor.

De esta manera, se fue configurando una hipótesis nutrida tanto por la revisión de literatura como también de la experiencia vivida compartiendo con las mujeres que se desempeñan en la educación inicial. Esta hipótesis habla de las escasas posibilidades que tienen estas mujeres para poder ocupar lugares de participación fuera del hogar y trabajo, producto de la gran demanda de presencia que tienen en esas dimensiones. También, se hipotetiza que es el espacio laboral el principal lugar de formación de vínculos con otras personas.

## **ii. La doble presencia en el escenario actual de la crisis de los cuidados**

Actualmente la sociedad está atravesando un escenario de crisis global, la que se proyecta en diversas estructuras sociales y económicas: crisis alimentaria, medioambiental, energética y así también de cuidados (Pérez Orozco, 2009, en Arriagada, 2010, Valenzuela, Scuro y Trigo, 2020). Dentro de los factores explicativos de esta crisis en el contexto chileno se encuentra, según Arriagada, 2013, el progresivo aumento en la entrada de las mujeres al mercado laboral durante las últimas décadas, el envejecimiento de la población y aumento de la esperanza de vida (que es mayor en mujeres) de personas con enfermedades crónicas y situación de discapacidad, cambios en las estructuras y formas de vida familiares, específicamente el aumento de hogares monoparentales a cargo de mujeres que trabajan “quienes deben combinar precariamente el cuidado de su familia y su trabajo fuera del hogar” (Arriagada, 2013, p.11), políticas subsidiarias por sobre Estados de bienestar que no son acordes a las necesidades de los hogares de menores recursos y el aumento en la contratación de servicios domésticos por parte de sectores de clase media (Arriagada, 2010; CEPAL, 2018, Valenzuela, Scuro y Trigo, 2020).

En tanto las mujeres ingresan al mercado laboral, emerge un “vacío” en la provisión de los cuidados que históricamente han estado a su cargo, cuestión que devela de manera crítica la injusta Organización Social del Cuidado (OSC) en la sociedad actual. La crisis surge pues lejos de modificarse esta distribución desigual, se continúa manteniéndose -y

reproduciéndose- la división sexual del trabajo (Moreno, Moncada, Llorens, Carrasquer, 2010).

Esta crisis de los cuidados, según Ezquerria (2010), se da en un contexto en el que suceden otros procesos, importantes de relevar si se está pensando en la construcción de comunidad: el crecimiento urbano desaparece lugares en los territorios, lugares que dentro de las dinámicas locales eran escenarios de procesos colectivos del cuidado y de procesos colectivos en general (por ejemplo, organizaciones barriales, juntas de vecinos, plazas, centros comunitarios). También, está el debilitamiento de las familias como redes de apoyo fundamentales, la persistente evasión de responsabilidades masculinas en las tareas de cuidados, la específica y particular situación laboral de las mujeres, que toma formas de sobreexplotación y precariedad, y finalmente la profundización de la doble presencia, que atomiza y precariza sus vidas cotidianas.

La doble presencia, en tanto fenómeno que se está desarrollando en un escenario de desigual OSC, es una reedición que el feminismo hace respecto de la “doble jornada laboral”. Su particularidad es constatar que las mujeres están expuestas a tiempos de trabajo sincrónicos y solapados. Es decir, en el mismo momento que están en su lugar de trabajo productivo, están pensando y gestionando eventualidades propias del trabajo reproductivo. Y viceversa. Esta sincronía es tan aguda y difractaria en sus efectos, que es considerada la nueva forma que adquiere la división sexual del trabajo en la sociedad actual (Carrasquer, 2009). Lo reciente de este concepto, que es acuñado a finales del siglo pasado, lo convierte en un terreno fértil para la investigación.

La provisión de un continuo y solapado trabajo por parte de estas mujeres, en las dimensiones productivas y reproductivas, va a adquirir distintas formas según cuál sea la posición específica que se ocupe entre ellas. Es decir, hablar de doble presencia en mujeres que trabajan en educación inicial implica reconocer las particularidades de sus condiciones laborales de empleo, así como también heterogeneidades propias de cada mujer, en el entendido que la doble presencia va a adquirir distintos matices en estas intersecciones. Lo anterior, Torns et. al (2002) lo categorizan como modelos de doble presencia, resaltando la diversidad de formas en las que se puede expresar este fenómeno. Por ejemplo, las mujeres educadoras y técnicas parvularias son quienes, en comparación con otras pedagogías,

cuentan con las más bajas remuneraciones (Subsecretaría de Educación Superior, 2021), siendo esta una variable crucial para la forma que va a adquirir el fenómeno. Del mismo modo, las condiciones laborales del trabajo reproductivo son cruciales, pues la forma en la que se organice la provisión de cuidados al interior del hogar, las redes de apoyo disponibles, el tipo de composición familiar, el nivel socioeconómico, entre otros, van a ser factores que pueden agudizar o no el fenómeno de la sincronía en la exposición a los trabajos.

Considerando lo anterior, resulta clave situar la experiencia de las mujeres dentro de un esquema más amplio, que es el sistema educativo chileno, y que este a su vez se construye a partir de lógicas neoliberales y patriarcales. Posteriormente en este escrito, se entregan ciertos márgenes en torno a “lo comunitario” a modo de situar la reflexión de *lo común* en un escenario en donde están operando, a la base, estructuras de dominación. Patriarcado y neoliberalismo estarán presentes en esta investigación, en el intento de hacerles dialogar para evidenciar cómo las relaciones que desde allí emanan, configuran un escenario que complejiza la vida en comunidad o, tal vez, configuran nuevas formas de *estar en común*. Es sólo a partir del análisis de la vida cotidiana desde el lente de las estructuras de dominación, que se vuelve posible y fructífero combatirlas (Guzmán & Triana, 2019).

### **iii. Mujeres que trabajan en educación inicial en un contexto neoliberal**

El sistema educativo chileno actual es modificado a partir de la reforma neoliberal que irrumpe en la Dictadura cívico-militar instaurada en 1973, adquiriendo como rasgo medular la privatización de todos los niveles educativos, y su consiguiente organización como mercado. Las reformas neoliberales puestas en marcha a partir de este momento han estado lejos de ser subvertidas por el retorno a la democracia. Al contrario, son las lógicas predominantes en la institucionalidad actual (Bellei, 2015). En este sentido, la intromisión neoliberal permea el desarrollo de las políticas educativas, y en el caso de la educación inicial lo ha hecho adquiriendo formas de desatención y olvido, recién posicionándose más fuertemente como objeto de la agenda social y política en nuestro país durante comienzos del presente siglo (Alarcón et al, 2015).

Al profundizar en este nivel, resalta que las mujeres concentran la función de educadoras de párvulo con un 99%, dando cuenta del alto nivel de feminización de carreras asociadas al cuidado y educación. El desglose por cifras muestra que de 28.572 docentes en el nivel parvulario, sólo 27 son hombres. La brecha aumenta respecto al nivel técnico, pues para 57.580 mujeres hay tan sólo 22 hombres (Subsecretaría Educación Parvularia, 2020).

Dentro de las particularidades de sus condiciones laborales, hay dos aspectos institucionales claves que pueden agudizar el fenómeno de la doble presencia, pues precarizan las condiciones de vida y complejizan la gestión del tiempo sobre una mayor carga laboral. El primero dice relación con las remuneraciones, que para el caso de la Educación Parvularia al cuarto año de egreso en jornadas completas están principalmente en el rango de los \$600 mil a \$700 mil pesos, mientras que quienes egresan de Técnico en Educación Parvularia, perciben en promedio al cuarto año entre \$400 mil y \$500 mil pesos. En esta línea, una comparación respecto Universidades, Institutos profesionales y Centros de Formación Técnica, devela que para los tres tipos de planteles la pedagogía y el técnico del nivel lideran los puestos de peores remuneraciones (Subsecretaría de Educación Superior, 2021).

Un segundo aspecto relevante es en relación con el coeficiente técnico (razón de adultos/as por niños/as en el aula). El año 2018 se aprueba la modificación al Decreto 315<sup>1</sup> y se establecen nuevas proporciones (Subsecretaría Educación Parvularia, 2019) que deben ser implementadas desde el año 2022: para el nivel sala cuna, se modifica de 1 educador/a por cada 42 estudiantes, a 1 educador/a para cada 21 estudiantes. En los niveles medio menor y medio mayor, la proporción disminuye de 32 a 28 niños/as por educador/a, y alcanza 14 niños/as para cada técnico. Estos ajustes son insuficientes si se observa comparativamente a Chile con el escenario internacional, y si se está pensando en condiciones laborales que posibiliten el despliegue de prácticas pedagógicas de calidad.

Los indicadores de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) sobre el estado de la educación en Chile publicados en el informe Education at

---

<sup>1</sup> El Decreto 315 “Reglamenta requisitos de adquisición, mantención y pérdida del reconocimiento oficial del Estado a los Establecimientos educacionales de Educación Parvularia, Básica y Media. Publicado en junio del 2011.

Glance<sup>2</sup> 2019, corroboran que las condiciones laborales en el nivel son complejas. Chile presenta el segundo porcentaje más elevado de niños y niñas por docente (23 estudiantes respecto de 14 para el promedio OCDE) y también existe un “uso intensivo” de técnico parvularias en aula, las cuales muchas veces realizan las mismas labores que las educadoras, pero con condiciones laborales inferiores. Asimismo, se señala que quienes ejercen la docencia ganan menos que otros profesionales con un nivel educativo similar, siendo las y los profesores de educación parvularia quienes lideran con las más bajas remuneraciones, ganando el 89% del salario de otro trabajador con las mismas características de formación. Todos estos antecedentes, pueden desanimar a futuros profesores de entrar y permanecer en el ejercicio de la profesión (OCDE, 2019) y finalmente quienes ingresan se encuentran en un ambiente de grandes exigencias que se solapan con la gestión de los tiempos fuera del terreno productivo. Estos aspectos han sido recogidos por quienes trabajan en el sector, para impulsar demandas sociales en búsqueda de mejoras en sus condiciones de empleo.

---

<sup>2</sup> Este informe es una referencia internacional líder en materia de estadísticas nacionales comparadas, para medir el estado de la educación en todo el mundo.

### **III. CAPÍTULO 2: PERTINENCIA Y METODOLOGÍA**

#### **i. Mujeres, comunidad y doble presencia**

El concepto de comunidad, en tanto eje medular para la Psicología Comunitaria, se ha encontrado constantemente en disputa y en transformación (de Marinis, 2010; Eito y Gómez, 2013; Terry, 2012; Rodríguez, 2008 en Rojas-Jara, et.al, 2017), siendo el escenario contemporáneo un momento de retos y tensiones para la disciplina (Rodríguez y Montenegro, 2016).

La crisis global implica cambios en los lazos sociales y en los marcos colectivos de socialización, generando una modificación en los soportes para las personas (Rodríguez, Montenegro, 2016). La vida se construye en base a valores de individualismo, competencia y consumismo, los que son productores de desigualdad extrema y pobreza (Méndez-Ramírez, 2013) y que avasallan con la visión de un mundo pensado desde lo colectivo, lo común (Navarrete, 2021). La responsabilidad individual es una clara expresión de la intromisión neoliberal en la forma de vivir: cada persona es responsable de su propia trayectoria, la identidad es parte de un proyecto de lo que se desea ser, el cual es reflexionado individualmente, en lejanía respecto a otros y otras. El objetivo de este proyecto es alcanzar la “emancipación compulsiva”, que no depende de nadie y que se forja desde la autonomía individual. Es así, que se modifica el valor la “experiencia de una comunidad sentida y vivida” (Beck, 1997; Giddens, 1995 en Rodríguez, Montenegro, 2016), a la vez que lo que se comprende por esta comunidad “sentida” es reconfigurado. Chile, siendo uno de los países más desiguales del mundo, es una clara expresión de todo esto.

Los procesos de desagregación y descomposición social enraizados en nuestra sociedad producen un escenario frágil y quebradizo para el sostenimiento de los vínculos geográficos, las redes sociales y las políticas de soporte para la vida, cuestión que obstaculiza la “conformación de alianzas de solidaridad y transformación” (Rodríguez, Montenegro, 2016).

Lo comunitario, en esta investigación, no se propone desde la lectura de aquella “comunidad perdida” descrita por Martínez (2006) y retomada por Bengoa (2018) como *eso* que se perdió a consecuencia de la institucionalización y privatización de la vida. Esta ilusión sobre el concepto hace pensar que en alguna época pasada existieron comunidades armoniosas, estables, compactas y plenas, por lo que la mejor opción posible se orienta a alcanzar nuevamente ese parámetro ideal. Además, según Martínez, esta idea de la comunidad como un ente que trasciende a las personas las anula en tanto singularidades que más que *ser en común*, se orientan a un *estar en común*, relevando el carácter diverso, en constante tensión y comunicación.

Lo que sí se asume, es que el contexto actual, la compulsión modernizadora (Bengoa, 2018), reproduce acuciosamente el modelo del “sí mismo”, del cierre de las personas sobre sí, de la conquista de su autonomía (Canales, 2007). Para este autor, lo anterior se denomina individuación y autonominización del sujeto, ambas cuestiones que se oponen, muy claramente, a la “orientación de comunidad”. En este sentido, siguiendo las reflexiones del autor, la comunidad debe pensarse como aquella que

“emerge de modo autónomo a aquella comunidad de “pertenencia”, de “nombre y destino”, de lazo e identidad; en este caso, se trata de sujetos autonomizados en lo fundamental, diseños de sí mismos, así no sean dueños de nada más. Ese “adueñamiento” del sujeto, ese empoderamiento, esa concientización de autonomía, es la contra-cara de la soledad en que la nueva pobreza, por ejemplo, pero no solo ella, comienza a vivirse cuando ya se está fuera de la comunidad, en la nueva socialidad individuada y anonimidad y sobre todo, competitiva”. (Canales, 2007, p.1)

El propósito entonces de esta investigación se explica a partir de ello. Bengoa lo plantea en los siguientes términos

“el problema es cómo combinar la pertenencia a una sociedad cada vez más global, con la identidad particular de una comunidad (...) Es la doble dimensión de las sociedades contemporáneas, actuales: vivir en la sociedad cada vez más mundializada y, al mismo tiempo, no perder

la identidad de la propia comunidad, ejercer el derecho a tener una mirada propia del mundo”. (2018, p.43)

La cuestión entonces está en cómo hacer dialogar ambos polos, la identidad y la modernización, para conciliar una mayor participación en el mundo, con la pertenencia y afectividad propias de los lazos sociales (Bengoa, 2018). Canales (2007) ya decía algo similar, cuando planteaba que “La nueva comunidad debe resolver precisamente y bien esta cuestión. Como articula con un ethos crecientemente individualizante y competitivo (...) Como transforma la autonomía en nueva comunidad. Como construye comunidades para autónomos” (p.1). La necesidad de pensar esta cuestión es clave si se pretenden transformaciones que mejoren la vida de las personas, o como plantean feministas comunitarias, la comunidad como una posibilidad contra hegemónica de transformación social (Guzmán y Triana, 2019).

Pero estas posibilidades deben reflexionarse asumiendo cuáles son las estructuras dominantes desde donde emergen y se configuran las sociedades actuales. Pensar en esta “nueva comunidad” como lo plantea Canales debe hacerse considerando la situación particular de las mujeres, pues de lo contrario los esfuerzos en políticas transformadoras e intervenciones locales no se asentarán en las características concretas de la vida cotidiana que ellas experimentan y, por lo tanto, no serán una posibilidad de cambio real.

En este estudio se recoge la propuesta que hace Víctor Martínez en el intento de repensar este término nuclear para la Psicología Comunitaria, con lo que denomina “Formación Contextual Comunitaria (FCC)”, siendo este un concepto que pretende reposicionar a lo comunitario de una manera más coherente con la realidad. Otro encuadre teórico será desde el feminismo comunitario, en tanto aporta un sustrato político clave para la investigación, junto con una operacionalización práctica del concepto en manos de Krausse (2009). Estos elementos serán profundizados en el apartado de “Mis límites y posibilidades para estar en común”.

Tal como se mencionó previamente, la matriz hegemónica a la base de los procesos sociales -patriarcado y capitalismo- permea de manera eficaz y transversal a la sociedad, tanto en la producción de subjetividades como en los modos de relación dominantes (Rodríguez, Montenegro, 2016; Navarrete, 2021), pero no lo hace de la misma forma en todos los sujetos



y sujetas. Las mujeres, como se ha venido desarrollando, se encuentran en posiciones de desigualdad que no viven los hombres, y de allí que la doble presencia sea un fenómeno asociado a la participación de las *mujeres* en el mercado de trabajo, y de allí también la necesidad y especificidad de observar las posibilidades y limitaciones de tejido comunitario en ellas.

Asimismo, es relevante constatar que las expresiones del fenómeno van a ser distintas para cada sujeta, pues cuando se habla de mujeres se hace desde la diversidad. Para el caso de las mujeres protagonistas de esta investigación, las complejas condiciones laborales que experimentan, junto con lo crucial y protagónico de la esfera de cuidados en su quehacer cotidiano, configuran un entramado que justifica el interrogarse por sus posibilidades de *lo común*. Para robustecer lo anterior, a continuación se presentan algunos antecedentes respecto de la configuración del mercado laboral chileno, con el objetivo de visualizar más claramente cómo este explicita la división sexual del trabajo. Se expondrán algunos datos sobre el acceso al mercado laboral, las características de las ramas ocupacionales de mujeres y hombres, las diferencias en las remuneraciones, y datos provenientes de la Encuesta Nacional del Uso del tiempo del año 2015, y la Encuesta de calidad de Vida y Salud, del mismo año.

### **Acceso al mercado laboral**

Los resultados en las trayectorias laborales de hombres y mujeres no son equiparables, independiente de que los caminos recorridos hayan sido similares. Es decir, las mujeres – aunque se encuentren bien posicionadas a nivel socioeconómico- probablemente no van a lograr alcanzar los resultados que obtienen los hombres a partir de su recorrido en el mercado laboral, aun habiendo dispuesto los mismos esfuerzos en inversión educativa y en actitudes hacia el empleo (Ministerio Desarrollo Social, 2017).

Por otra parte, la presencia femenina en el mercado laboral adquiere esas formas de desigualdad porque el trabajo doméstico permanece como actividad privada y no socializada. De lo anterior se desprende que, sin modificar lo uno no se puede transformar lo otro, cuestión que permite constatar que la esfera de la reproducción se subordina a la de

la producción. Las mujeres, en tanto protagonistas de la primera, tienen inevitablemente una participación específica en la segunda (Carrasquer, 2009).

Un primer antecedente es que las mujeres acceden de manera desigual al mercado laboral, con una tasa de participación inferior (INE, 2015). Para el 2017, la tasa de participación laboral femenina fue de un 48,9%, mientras que la de los hombres un 71,6%. Un factor que incide en la situación de desigualdad de la empleabilidad femenina, son las labores de reproducción a su cargo. El análisis de la distribución de la población que se encuentra fuera de la fuerza de trabajo por razones de cuidado o quehaceres del hogar (entendiéndose como la no posibilidad de dejar de cuidar a alguien, o tener que realizar actividades de trabajo doméstico), evidencia las diferencias significativas de la brecha de género en esta dimensión.

Al añadir la variable socioeconómica, se observa que las brechas son mayores a menor quintil de ingresos, pudiendo deberse a la externalización de las labores de cuidado o adquisición de servicios de cuidados remunerados en el hogar.

### **Ramas educacionales**

En segundo lugar, en relación con la participación en el mercado de trabajo asalariado, las mujeres se insertan con mayor frecuencia en ciertas ramas ocupacionales, percibiendo ingresos más bajos, y con mayores grados de precariedad y flexibilidad laboral (INE, 2015). La mayor presencia de las mujeres está en el trabajo remunerado en los hogares (85,7%), luego en servicios sociales y de salud (73,4%) y le siguen las actividades de enseñanza (72,1%) (CASEN, 2017).

### **Brecha en remuneraciones**

Un tercer elemento relevante, es que las mujeres perciben un ingreso mensual que presenta diferencias significativas respecto al de los hombres en todas las regiones del país, exceptuando La Araucanía y Los Lagos, en donde ambos perciben ingresos bajo el promedio nacional. Agregando otro componente, conforme aumentan los años de escolaridad, aumenta la brecha de ingresos entre ambos géneros (CASEN, 2017). El informe Education at a Glance

del año 2019 señala que, si bien en Chile es más probable que las mujeres completen estudios superiores que los hombres, estas obtienen sólo un 68% de las ganancias que sus pares masculinos, 7 puntos porcentuales por debajo del promedio OCDE (OECD, 2019).

### **Doble presencia**

Respecto a la doble presencia, algunos datos interesantes los provee la Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo del año 2015, en donde se revela que las mujeres destinan más de 3 horas en promedio que los hombres a los trabajos no remunerados (5,89 horas versus 2,74 horas, respectivamente). Para esta encuesta, el trabajo no remunerado se compone de trabajo doméstico y trabajo de cuidados, ambos con porcentajes de realización mayores por parte de las mujeres: 3,84 horas las mujeres y 1,83 horas para los hombres, y en relación con los trabajos de cuidados: 3.03 horas y 1.64 horas respectivamente (INE, 2015).

Por último, la Encuesta de Calidad de Vida y Salud del año 2015, muestra que un 75,1% de las mujeres vive situaciones en las que piensa que debería estar en casa y en el trabajo al mismo tiempo, mientras que un 46,4% de los hombres identifican esa situación. Por otra parte, el 72% de las mujeres trabajadoras piensa en tareas domésticas y familiares cuando están en el trabajo, lo que corresponde al doble de la frecuencia experimentada por hombres. Por último, el 63% de las mujeres señalan que es posible que las tareas domésticas se queden sin hacer cuando ellas no están en el hogar, situación identificada por tan sólo el 27,5% de los hombres (ENCAVI, 2017).

En este contexto de fragilización de lo comunitario, presentado en apartados anteriores, y con atención a las especificidades de las mujeres que trabajan en educación inicial y que experimentan doble presencia, hace sentido preguntarse por cómo están gestionando sus vidas cotidianas, cómo ejercen su autonomía, qué espacio dentro del cotidiano queda para tejerse en prácticas colectivas, para estar en común con otros u otras o bien cómo están subvirtiendo la atomización y precarización que, con distintos matices, puede estar permeando su vida.

La relevancia de hacerse esta pregunta radica en que esta nueva forma de organización configura un nuevo colectivo o grupo, que ya no es aquel grupo centrado exclusivamente en lo productivo, ni tampoco aquel sector centrado sólo en lo reproductivo. Este nuevo colectivo, compuesto por mujeres adultas, está transitando entre medio, en una situación material particular y con subjetividades específicas. Sólo conociendo su situación e integrando, como ya se mencionó, un análisis patriarcal y neoliberal, se podrán ajustar las demandas sociales en torno a la vida de las mujeres, o bien definir nuevas propuestas políticas de intervención colectiva que sean pertinentes y por lo tanto relevantes en sus posibilidades de transformación (Torns, et.al, 2002).

## **ii. Pregunta de investigación y objetivos**

¿Qué posibilidades y limitaciones de formación de tejido comunitario, experimentan mujeres que viven doble presencia que trabajan en educación inicial pública en contextos vulnerables de zonas urbanas de Chile?

### **Objetivos**

#### **Objetivo general**

Analizar la relación entre doble presencia y la formación de tejido comunitario en mujeres que trabajan en educación inicial pública en contextos vulnerables de Santiago de Chile.

#### **Objetivos específicos**

- Describir las formas de expresión de la doble presencia en la vida cotidiana de las mujeres educadoras y técnico parvularias de establecimientos públicos de educación inicial.
- Comprender las percepciones que mujeres educadoras y técnico parvularias de establecimientos públicos de educación inicial tienen sobre las condiciones del hogar y del empleo, que agudizan la expresión de la doble presencia.
- Comprender las percepciones que mujeres educadoras y técnico parvularias de establecimientos públicos de educación inicial tienen respecto de sus posibilidades y limitaciones en la construcción de tejido comunitario.

### **iii.      Carácter, enfoque y tipo de estudio**

Esta investigación se posiciona desde el pensamiento feminista crítico, el que asume las distintas verdades existentes sobre un determinado tema, y releva el carácter político-ideológico del hacer científico. Además, se caracteriza por ser antiesencialista, no-universal, localizado, crítico y en permanente tensión con la presunción de neutralidad y objetividad de la ciencia tradicional positivista (Beiras, Cantera y Casasanta, 2017).

Este estudio de carácter cualitativo pretende aproximarse a la realidad en su contexto natural, intentando determinar sentidos e interpretaciones de manera dialéctica, a través de los significados que las personas implicadas construyen sobre los fenómenos estudiados (Rodríguez, Gil y García, 1996, p.10). Además “permite no sólo ver los diferentes ámbitos, fases y momentos de una situación compleja en sí misma; sino que se muestra sensible ante determinados temas como los de las emociones, los contextos y las interacciones sociales” (Beiras, Cantera y Casasanta, 2017, p.2). Según el objetivo de la investigación relacionado con analizar el fenómeno de la doble presencia y las formas que adquiere en la vida cotidiana de las mujeres participantes, con especial atención en la formación de tejido comunitario, así como comprender percepciones que le atribuyen a este fenómeno, toma sentido situarse desde esta metodología. Al mismo tiempo, el campo de la investigación cualitativa “es inherentemente político y construido por múltiples posiciones éticas y políticas” (Lincoln y Dezin (1994) en Rodríguez, Gil y García, 1996, p,9), dando cuenta de las múltiples tensiones que permean este tipo de investigación, cuestión más visible aún en estudio de carácter feminista.

Dentro de la multiplicidad de enfoques que transitan en el campo de lo cualitativo, se escogió el narrativo como la aproximación más pertinente de acuerdo con el objetivo de la investigación, pues “el planteamiento de las narrativas es observar como el/la narrador/a impone orden en su experiencia, en su secuencia narrativa, con el fin de dar sentido a los eventos y acciones de su vida” (Riessman, 1993 en Beiras, Cantera y Casasanta, 2017, p.59). Se espera entonces que a través del relato las mujeres protagonistas vayan secuenciando sus experiencias cotidianas en torno al fenómeno de la doble presencia, emergiendo sentidos y significados desde del diálogo, y de allí lo dialéctico de la práctica narrativa. En ese sentido,

los relatos pasan a ser espacios abiertos y en construcción que responden a cuestiones de orden social, histórica o cultural y que permiten dotar de “inteligibilidad a los acontecimientos, articulando significados, moldeando subjetividades” (Gergen, 1994 en en Beiras, Cantera y Casasanta, 2017, p.7)

El estudio es de tipo exploratorio, pues no se encontraron investigaciones locales que aborden el fenómeno de la doble presencia en articulación con la experiencia comunitaria. De acuerdo con Bernasconi (2011), el enfoque narrativo “suele ser fructífero a la hora de comenzar la investigación de un fenómeno del que se tiene poca información: la investigación narrativa puede proveer de pistas de indagación importantes a operacionalizar en investigaciones futuras” (p.23).

#### **iv. Producción narrativa**

La articulación entre quien investiga y las sujetas participantes se realizará desde el lente de lo narrativo, tal como fue expuesto anteriormente, pero además se utilizarán las Producciones Narrativas (PN) como propuesta epistemológica, política y metodológica.

Las Producciones Narrativas (Balash y Montenegro, 2003) son una metodología de producción de conocimiento situado que se constituye como una alternativa feminista respecto de la tradicional aproximación epistemológica y política de la investigación. En las PN, el conocimiento emerge desde la conexión parcial, localizable y encarnada entre quien investiga y las participantes. De esta manera “los efectos metodológicos de la conexión parcial con otras posiciones modificarán la posición inicial de las investigadoras, a la vez que localizan y sitúan el conocimiento producido en un entramado relacional” (Balash y Montenegro, 2003, p. 2). Para García y Montenegro (2014) las PN constituyen una apuesta feminista situada pues “se busca generar un cambio en la relación tradicional entre sujeto investigador y participante, estando en consonancia con una de las principales preocupaciones de las metodologías feministas” (en Troncoso, Galaz y Álvarez, 2017),

De esta manera, quien investiga no pretende extraer un conocimiento -en este caso una narrativa- que represente la realidad, sino que al ser un producto co-construido entre ambas

partes se asume que puede ser susceptible de ser impugnado. En las PN se critica la expectativa de la representación del otro/a que tiene la investigación tradicional.

Respecto al objetivo de las PN, Balash y Montenegro (2003) señalan que este consiste en “crear unas condiciones de posibilidad para el surgimiento de las narrativas sobre el fenómeno y, así, expresar el efecto que el contacto con el objeto de estudio ha tenido para la posición inicial del equipo investigador”, por sobre el propósito tradicional de “dar voz” o representar, lo cual implica darle forma al objeto estudiado, “mediante operaciones de distanciamiento y descontextualización, para ubicarlo en el dominio autoritario de quien representa” (p.4).

Respecto del procedimiento, en primer lugar, se programaron las sesiones de entrevista de acuerdo con la disponibilidad de las participantes, en la que se intentó un diálogo abierto de tipo más conversacional, a lo que Troncoso, et.al (2017) llama “procesos de reflexividad conjunta”. Estas sesiones se realizaron en formato online, y tuvieron una duración aproximada de una hora. Al iniciar este encuentro, se les encuadró a las participantes sobre la metodología empleada, la elaboración de la textualización y la intención de que sean retroalimentadas y corregidas cuantas veces sea necesario.

Luego de la primera sesión, se organizaron y sistematizaron las ideas que emergieron en la entrevista, utilizando los propios recursos lingüísticos de la entrevistadora, producto que se materializa en la textualización. Este texto fue releído, y luego presentado a la participante para que corrija, reconstruya o elimine algún elemento, permitiéndose este paso cuantas veces sea necesario para que el texto sea realmente revelador sobre su propia versión del fenómeno. Cuando esto sucedió, y la participante aceptó expresamente, la producción se consideró acabada (Balash y Montenegro, 2003).

Las narrativas finales, según Balash y Montenegro (2003) “no se utilizan como material empírico, es decir, como descripción del fenómeno, sino como producción situada de una determinada visión del fenómeno” (p.4). Luego de tener los distintos textos acabados y, siguiendo la propuesta metodológica presentada por García y Montenegro (2014), se procede con el análisis, en donde “a través de la búsqueda de elementos comunes y divergentes entre las narrativas de las participantes, articulamos las narrativas como textos



teóricos de partida con el resto de la bibliografía consultada y con nuestra propia narrativa del fenómeno (p.10).

#### **v. Participantes**

A partir de los objetivos de investigación, se utilizó el muestreo por conveniencia, a partir de la “accesibilidad y proximidad de los sujetos para el investigador” (Otzen y Manterola, 2017). Debido al entorno laboral de la investigadora, se contó con un contacto directo hacia JUNJI<sup>3</sup>, institución desde la cual provienen las participantes.

El primer acercamiento se realizó con una profesional de Gestión y Experiencias Académicas de JUNJI, a quien se le hizo llegar el anteproyecto de tesis, los criterios de inclusión y exclusión y el consentimiento informado. Posteriormente, esta profesional pone en contacto, vía correo electrónico, a la investigadora con las directoras de los seis jardines infantiles seleccionados, y les solicita que puedan disponer para este proceso de una educadora y una técnica que cumplan con los criterios de inclusión. De esta manera, se fueron realizando los contactos con las participantes, y agendando los momentos de entrevista.

Se coordinaron seis entrevistas iniciales, posterior a ellas y al consecuente análisis de las textualizaciones co-producidas, se consideró que no era necesario continuar con el proceso de entrevistas, pues con esos relatos se cumple el criterio de saturación de la información.

Respecto a los criterios de inclusión, se establecieron los siguientes:

- a) Ser mujer
- b) Tener título profesional de educadora de párvulos o bien título técnico de parvularia.

---

<sup>3</sup> La Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI) provee educación inicial pública de manera focalizada a niños y niñas que provienen de las familias con mayor vulnerabilidad económica (JUNJI, 2021).

- c) Trabajar a jornada completa en una institución de educación inicial pública, idealmente de tipo VTF.
- d) Desempeñarse en los Niveles Medios (medio menor y medio mayor) y Transición.
- e) Que la institución educativa se inserte en un territorio “vulnerable” según la categorización del Índice de Prioridad Social.
- f) Residir en una zona urbana dentro de Chile.
- g) Estar al cuidado de alguna persona en el hogar (niños, niñas, personas mayores, etc)

Por su parte, los criterios de exclusión corresponden a:

- a) Trabajar jornadas parciales o bien en instituciones de educación inicial privadas.
- b) Desempeñarse en el nivel Sala Cuna.
- c) Llevar menos de 6 meses en ejercicio laboral.
- d) Desempeñarse además en otro trabajo remunerado.

#### **vi. Técnica de recolección de datos**

La metodología de las Producciones Narrativas opta por una propuesta de entrevista que intenta evitar el esquema pregunta-respuesta, sino que es más bien una conversación inestructurada y en profundidad (Schongut, 2015). El autor señala que las PN se basan en la propuesta de la entrevista narrativa de Martín Bauer (1996), en las que la entrevistadora debe tener claridad sobre tres niveles: los temas específicos que deben ser tratados, el orden en que irán apareciendo y el lenguaje que utilizará. De esta manera, se detalló una lista de los temas a abordar en la entrevista, con sus correspondientes subtemas. Además, se ordenaron por “momentos” los cuales pueden modificarse según cómo se vaya desarrollando la entrevista. Esta matriz está detallada en el Anexo N°2.

#### **vii. Análisis de las producciones**

Se utilizará como marco de referencia a la propuesta de análisis de narrativas de Fraser (2004), adaptándola a la metodología de las Producciones Narrativas, contorneándose las siguientes fases de análisis:

- i) Escucha y experimentación de emociones a partir de las narrativas, la cual implica un proceso de registro escrito de las emociones que emergen a lo largo de la narración -tanto propias como las percibidas-, así como el lenguaje corporal y los sentimientos que se describen por quienes participan.
- ii) Interpretación de la textualización acabada que resultó de la Producción Narrativa, a modo de identificar especificidades de cada una. En este punto interesa indagar en los elementos comunes entre las producciones, la emergencia de “puntos principales” en los relatos, qué tipos de significados se les atribuyen a ciertas palabras empleadas, los elementos divergentes entre ellos, entre otros.
- iii) Análisis de los diferentes dominios de la experiencia, los que involucran aspectos intrapersonales, interpersonales, culturales y estructurales. Esta división surge con fines explicativos para la propia investigadora, pero no será utilizada con un propósito de representación.
- iv) Articulación del análisis anterior con el resto de la bibliografía consultada, y con los textos producidos, posibilitando la creación de una propia narrativa que comprende el fenómeno gracias a esas conexiones (Balash y Montenegro, 2003).

### **viii. Aspectos éticos**

Esta investigación se rige por los siguientes principios éticos: i) entregar información clara y veraz respecto del contexto del estudio, sus objetivos y alcances, a toda persona que se colabore con la investigación; ii) la participación de cada persona será en todo momento voluntaria, teniendo siempre la posibilidad de cesar su participación y solicitar la eliminación de cualquier registro que ya se hubiese realizado; iii) formalizar su participación a través de la firma de un consentimiento informado; iv) resguardar la no maleficencia, cordialidad y respeto en cualquier interacción que se de con cada participante; v) resguardar la confidencialidad de las participantes, garantizando que el uso de la información producida será utilizada únicamente en este estudio y que en ningún momento se revelarán sus

identidades y vi) procurar que cada decisión parte de esta investigación tenga en su horizonte propósitos de contribución al bienestar social.

#### IV. CAPÍTULO 3: LOS CUIDADOS EN MI VIDA

Este capítulo muestra las textualizaciones en diálogo con el desarrollo teórico sobre los cuidados, el cual se presenta desde el análisis del bienestar social, el de los derechos humanos, el de la economía feminista y la ética (Batthyány, 2020), ejes que irán apareciendo, solapándose y mezclándose a lo largo de los tres apartados que componen este capítulo.

En el primer apartado *¿Quién cuida de mí?* se dibujan los límites de lo que se comprende por cuidados, siempre en diálogo con las condiciones sociohistóricas en las que surge. Se aborda el concepto de interdependencia, y cómo Sandra<sup>4</sup> y Antonia se sitúan a sí mismas como personas cuidadoras, no cuidadas. Luego, se abordan los cuidados desde la óptica del derecho, para interrogarnos por qué no es considerado como un derecho básico a garantizar, y qué implicancias describen Sandra y Antonia que tiene en su vida cotidiana.

El segundo apartado *“A darlo todo por ellos”* se nombra desde las propias palabras de Antonia, haciendo referencia a los esfuerzos que hace por sus hijos. Se pretende dar cuenta de que el cuidado ha sido históricamente cuestión familiar y feminizada, pues son ellas quienes -con mayor protagonismo- gestionan su cotidiano en función de suplir las necesidades básicas de otros/as, lo cual es posible gracias a una injusta Organización Social del Cuidado (OSC), en donde el Estado ignora su responsabilidad en esta función vital. Además, se propone leerlo como una frase que sintetiza el ímpetu que estas mujeres tienen no sólo por las personas que cuidan en casa, sino que también por los niños y niñas del jardín, por lo que se propone una lectura desde la perspectiva ética y del bienestar social, en donde se dialoga con las motivaciones de Sandra, Angélica, Daniela y Antonia para desempeñarse en el nivel inicial.

Finalmente *“¿Porque quiero o porque debo? Entre el amor y la culpa”* intenta develar un elemento que emergió, con distintos matices, de manera frecuente en los relatos: la tensión que se produce entre el amor por las personas cuidadas ya sea en el hogar o en el trabajo, y la culpa que surge al sentir que no se les está cuidando como se debería, desde los estándares que impone una sociedad patriarcal y neoliberal. En este apartado, Carolina, Antonia, Rocío,

---

<sup>4</sup> Todos los nombres que se presentan en este escrito son ficticios, a modo de resguardar el anonimato de las mujeres participantes.

Sandra y Angélica describen cómo lidian con esta tensión, y dan luces de cómo se les dificulta escapar, cuando lo desean, de su rol de cuidadoras. Por último, se reflexiona sobre la contribución que estas mujeres están haciendo a la economía, y la escasa retribución que tienen de sus labores de cuidado, proponiendo -desde el feminismo- nuevas formas de comprender este trabajo en la dinámica económica.

**i. ¿QUIÉN CUIDA DE MI?**

**Sandra, educadora, vive en Cerro Navia con su esposo y tres hijos de 11, 17 y 26 años. Tiene fibromialgia. Su padre tiene Alzheimer.**

La verdad es que me cuesta parar un poco el ritmo, y muchos me lo hacen notar. Creo que es parte del miedo que me provoca detenerme y observar qué sucede dentro mío, qué siento y de donde proviene mi angustia. No sé qué es lo que me pasa, qué me falta o qué quiero para mí. Sé y valoro a quienes tengo a mi alrededor, y me provoca felicidad ver todo lo que he logrado, ver a mi familia bien constituida y verme a mí como profesional. Pero al intentar mirar en mi interior, no logro conectarme con esa parte de mí que me tiene así. De esta manera estar sobre la máquina, siempre haciendo algo, ya sea del jardín o de la casa, me ayuda a no hacerme cargo de todo eso que siento dentro. Y claro que me pasa la cuenta. Hace unos días, por ejemplo, viví un momento de crisis que me tumbó, me tuvieron que llevar al hospital y allí me quedé hospitalizada con suero y medicación. Por ese episodio, y el posterior ajuste de medicación que me hizo mi doctor, es que me encuentro actualmente con licencia médica.

**Antonia, técnico, vive en San Pedro de Melipilla junto con su esposo y sus dos hijos, de 1 y 4 años.**

Mi familia y yo somos del sur y hace 15 años que nos vivimos a vivir a la Región Metropolitana. El resto de nuestra familia se quedó en el sur,

por lo que no tengo más redes de apoyo que mis padres y hermana. Mi madre nos apoya ocasionalmente pues se encuentra trabajando y además fue operada. Mi hermana también se encuentra viviendo una situación compleja en la actualidad, pues tiene un hijo que está en proceso diagnóstico por Autismo. Sin embargo, será ella quien cuidará de mi hijo menor cuando se me termine la licencia de postnatal. Respecto a la familia de mi pareja, no tenemos mucho vínculo con su madre, mientras que sus hermanos, como son hombres, no los veo como una opción para el cuidado de nuestros hijos.

Este año sé que debo aguantar así, en esta situación en la que estamos, pero el próximo año no sé qué va a pasar porque mi hijo mayor entra al colegio, y yo no sé qué haré de arriba para abajo con los cuadernos, tareas, llevándolo a clases y luego yéndome a trabajar. Estoy pensando en dejar mi trabajo el próximo año. Hay momentos en la vida en los que hay que priorizar, y yo creo que priorizaré a mis hijos.

**Rocío, técnico, vive en Estación Central junto con su pareja y su hija de un año y medio.**

(...) Sin embargo, al finalizar el postnatal y retomar mis funciones laborales bajo la modalidad de teletrabajo, inicia un periodo terrible para mí. La cantidad de tareas que tuve que cumplir para lograr conciliar el rol de madre, el rol de cuidadora de Martín -mi hermano de 12 años-, el rol de trabajadora y además sumado a todo el trabajo doméstico de mantención del hogar, generaron una sobrecarga tan fuerte que tuve que tomar licencia médica. Eran tantas las cosas que tenía que hacer, y a tanta gente a la que tenía que cumplirle, que me invadía una sensación de querer escapar por no poder lograr todo lo que se esperaba de mí.

En lo concreto, mi día iniciaba a las 9:00 hrs, pues aprovechaba de dormir un poco más antes de que despertara Amaral, cuestión que era considerada como “flojera” por mi madre, pues no validaba el cansancio que sentía y siempre me cuestionaba que no aprovechara esos momentos

de manera más “productiva”. Tomaba desayuno e iniciaba las preparaciones para el almuerzo de mi hija y, si me alcanzaba el tiempo, empezaba a preparar el de Martín y mío. Luego, hacía aseo general y acompañaba a mi hermano en sus clases online. Paralelamente, realizaba mis funciones laborales, como comunicarme por videollamada con los apoderados del jardín, y realizar seguimiento de los procesos educativos. Esto se volvió frustrante para mí pues muchas de las familias no contestaban a los llamados o no se presentaban a las citas.

### **Acercamiento teórico al concepto de cuidados**

Este primer apartado surge para develar, de manera anticipatoria, que a todos los textos co-construidos en esta investigación los atraviesa, más bien por omisión, un aspecto medular para empezar a contornear las vidas cotidianas de estas mujeres, y cuáles son sus reales posibilidades de encontrarse en común con otros y otras. Este aspecto dice relación con la escasa, o muchas veces nula, presencia de *alguien* que las cuide a ellas. Y por alguien nos referimos a alguna persona, ya sea familia o amistades, o bien algún colectivo, red, e incluso política, pensando a nivel de sostén estructural. Este desbalance en la reciprocidad entre entregar y recibir cuidados posibilita de manera ineludible una cascada de efectos complejos para la vida cotidiana.

La división sexual del trabajo es un factor estructural que explica la reproducción de las desigualdades sociales, con énfasis en las desigualdades de género contemporáneas (Pautassi, 2018). Hace referencia a la injusta distribución de tareas entre hombres y mujeres, a partir del sistema de género como organizador del trabajo. Según Antonia, son las mujeres que la rodean las que se consideran como potenciales redes de apoyo en el cuidado de sus hijos, en su afán por intentar conciliar el trabajo doméstico con el laboral, o bien, para encontrar espacios de descanso. Los hombres de la familia, como ella señala, no son considerados como una opción para colectivizar el cuidado, sólo por el hecho de ser hombres. Esta distribución, concebida como “natural” por la sociedad, implica la apropiación de una serie de cualidades y habilidades diferenciadas para ambos géneros (Batthyány, 2020), estableciendo las dicotomías reproductivo/productivo y privado/público,



asignando así lugares de exclusividad para las mujeres al interior del hogar, y dejándole a los hombres el protagonismo en la esfera pública de producción.

Pero hablar de cuidados implica situar la construcción del concepto en el marco sociohistórico desde donde emerge. Actualmente no existe una única definición para lo que se entiende por cuidados, pues sus conceptualizaciones van reconfigurándose a la par con la historicidad. Este concepto en constante transformación y construcción teórica ha posibilitado un fértil camino para la investigación (Carrasquer, 2013; Batthyány, 2021). Una de las aproximaciones es comprenderlos como “todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo de manera que podamos vivir en él tan bien como sea posible” (Tronto, Berenice en Batthyány, 2021, p.62).

El cuidado, entonces, refiere a actividades indispensables para satisfacer las necesidades básicas y la reproducción de las personas, incorporando las dimensiones físicas y simbólico-afectivas (Rodríguez y Marzonetto. 2015), actividades que incluyen i) el cuidado directo a otras personas, ii) autocuidado, iii) las tareas necesarias para realizar el cuidado (limpieza de la casa, elaboración de alimentos) y iv) la planificación, gestión y supervisión del cuidado (Rodríguez y Pautassi, 2014; Batthyány, 2020). En definitiva, es todo aquello que disponemos para la reproducción cotidiana de la vida, lo que desde las economías feministas se ha denominado la sostenibilidad de la vida (Rodríguez, 2015).

A pesar de lo trascendental y medular de esta tarea, la relevancia que cobra en el pensamiento feminista es reciente, y más aún en la academia (Carrasco, Borderías, Torns, 2011). En un primer momento, alrededor de la década de los ochenta, el acercamiento a la temática de “trabajo de cuidados” se da en relación con el análisis del trabajo doméstico y sus implicancias en el funcionamiento del sistema económico y el bienestar de la sociedad, evidenciando así que es una dimensión fundamental para que el capitalismo se mantenga en vigencia (Benería, 1981 en Carrasquer, 2009; Carrasco, Borderías, Torns, 2011; Fraser, 2016; Batthyány, 2021). De manera más reciente, y de la mano con la complejización que experimenta la división sexual del trabajo en el marco de la crisis global, los cuidados empiezan a contar con una conceptualización más específica en el campo, adquiriendo protagonismo frente a los otros tipos de trabajos no remunerados (Batthyány, 2020).

### **Interdependencia. Recibir y entregar cuidados**

La noción de *interdependencia* es clave para dar cuenta de que todas las personas reciben y proveen cuidados de manera permanente a lo largo de la vida. Si bien existen grupos más dependientes al cuidado, como niños y niñas, personas mayores o personas en situación de discapacidad, no es menos urgente poder detenerse a observar el lugar que actualmente ocupan en la economía las adultas “no dependientes” de cuidado, como por ejemplo las mujeres que se desempeñan en educación inicial. Según Esquivel (2011) este grupo ha desaparecido completamente del panorama.

Tanto Sandra como Antonia dan cuenta de lo marcadas que se encuentran sus trayectorias de vida a partir de la provisión de cuidados. Estas mujeres, adultas autónomas que pudieron librarse de la dependencia y subordinación que impone la sociedad hacia la vida familiar, son ahora únicamente pensadas desde la provisión de cuidados que entregan a sujetos y sujetas dependientes (niños, niñas, personas mayores, etc), y no desde la posibilidad -y necesidad- que tienen de también ser receptoras de cuidados. Como lo describen Antonia, Rocío y Sandra, se encuentran inmersas en un flujo de cuidados unidireccional hacia otros y otras, que se traduce en mermas de bienestar.

Para Sandra, su cotidianidad se estructura, tanto en lo material como en lo afectivo, desde la entrega de cuidados para otros y otras. Ya sea en casa, desplegando todas las actividades y gestiones necesarias para que esta tenga el funcionamiento esperado, así como también en su trabajo, espacio que tiene un componente sustancial de provisión de cuidados, pues, como señala Picco y Soto (2013), enseñar y cuidar son dimensiones inseparables en la atención educativa de la niñez:

“Los educadores de niños pequeños cuidan y enseñan cuando ofrecen sostén y contención; cuando a partir del lenguaje ponen en palabras sus sensaciones y dan nombre a los objetos; cuando acercan experiencias para probar, disfrutar y conocer que desafían sus posibilidades; y también cuando atienden sus necesidades cotidianas, los alimentan, los higienizan y los hacen dormir, habilitando la apropiación de modos sociales de comportamiento, así como formas saludables que hacen al cuidado de sí mismos y de los demás”. (Picco, Soto, 2013, p.25)

Según Rocío, aún mientras atravesaba su postnatal, momento de múltiples transformaciones, altas demandas físicas y emocionales, era juzgada por su entorno familiar, particularmente su madre, por priorizar el descanso en ciertos -y acotados- momentos del día. Rocío señala que este afán de su madre por concebir que un buen uso del tiempo era únicamente cuando este es productivo, la hacía sentir como floja, es decir, impactaba en su subjetividad. En línea con la crítica a la concepción dualista de entregar/recibir, Tronto apunta que no es la dependencia o independencia, sino la “interdependencia” lo que caracteriza la condición humana (Tronto, 1993 en Esquivel, 2011). Sin embargo, el relato de Rocío permite poner sobre la mesa un aspecto que es previo a la noción de interdependencia, y es que si estas mujeres no tienen el “permiso” legítimo de la sociedad para poder permitirse momentos de descanso, alejados de la producción, de autocuidado, ¿cómo entonces va a poder instalarse la idea de que todos y todas merecemos ser cuidados y cuidadas?

### **El cuidado como derecho universal. La deuda del Estado**

Otra línea analítica de los cuidados es comprenderlos como un derecho universal, cuestión que involucra tres elementos importantes de destacar. En primer lugar, las personas tienen derecho a recibir cuidados de calidad, independiente de sus vínculos familiares y las posibilidades económicas (Pautassi, 2007, Batthyány, 2020). De esta manera, se conciben los cuidados desde la óptica de la ciudadanía, y no del mercado. La lógica del cuidado se relaciona con el enfoque de derechos, pues se cambia el foco desde la mera provisión de servicios o prestaciones a grupos con necesidades específicas por parte del Estado, para pasar a comprenderse desde la potestad jurídica y social que los/as ciudadanos/as tienen que exigirle al Estado el cumplimiento de tales derechos (Alsop y Norton, 2004 en Pautassi, 2007).

Para Sandra, la defensa de los derechos de niños y niñas es un compromiso que, desde pequeña, ha motivado su involucramiento con el área de la educación parvularia. A lo largo de sus veinte años como técnico parvularia fue testigo de distintas prácticas que vulneraban, o al menos tensionaban el bienestar de niños y niñas al interior del jardín. Incluso desde su propia experiencia de vida, ella sostiene que no fueron precisamente buenas experiencias educativas las que la fueron acercando al mundo de la niñez. Por el contrario, fueron experiencias traumáticas de vulneración a sus derechos las que constituyen esta toma de

posición. Es posible cuestionar, a propósito de las palabras de Sandra, qué rol está cumpliendo el Estado en relación con la protección y fiscalización del cumplimiento de los derechos de niñas y niños, más que solamente orientarse a la prestación de servicios. Y en esa línea, Sandra constata también que el componente afectivo ha sido una sustancia clave para esta comprensión de los cuidados y de la educación, pues sus experiencias de vida le han posibilitado una mayor sensibilidad para acoger y vincularse con niños y niñas.

El lente de la universalidad del derecho también permite superar la visión dual en cuanto a una vereda de proveedoras de cuidados y otra de personas dependientes de este, cuestión que se relaciona con la noción de interdependencia abordada en las líneas anteriores. La situación de educadoras y técnicos, leída desde la noción de interdependencia, tensiona el ser mujer y el ser trabajadora de la primera infancia, para suponer que el flujo de cuidados en el que ellas transitan es más bien unidireccional. Y desde allí surge la pregunta que guía este capítulo *¿Quién cuida de mí?*

Porque estas mujeres están cuidando. Están cuidando a sus hijos e hijas, están cuidando a sus padres, están cuidando a sus esposos, están cuidando a los niños y niñas del jardín infantil. Y cuidan a los unos mientras trabajan en lo otro. Y están en su casa mientras trabajan para el jardín. Y así todo se mezcla, y así se agotan y así transitan en contornos de malestar en donde, en muchas ocasiones, la opción más viable es sólo aguantar. Y no es que la intención de estas palabras sea posicionarlas desde el sacrificio o el victimismo, sino que más bien se intenta relevar la intensa, constante y detallada gestión de la vida que ponen en marcha.

Y también, desde el lente de la universalidad del cuidado estos relatos reflejan que estas mujeres no están siendo receptoras de prácticas de cuidado pensadas y proyectadas hacia ellas, tanto a nivel de políticas públicas, como por ejemplo con la situación que experimenta Antonia respecto al fin de su licencia postnatal, y el desconocimiento del Estado hacia la situación de miles de mujeres que están en la misma situación, en este contexto de crisis sociosanitaria, como también a nivel más micro, desde sus relaciones con otras en su contexto cotidiano.

Junto con lo anterior, el segundo elemento a destacar es respecto a que las personas tienen derecho a elegir si desean o no cuidar en el contexto familiar (Batthyány, 2020), y de elegir

ejercer el cuidado deben hacerlo con ciertas condiciones mínimas resguardadas desde el aparato estatal. Es decir, cuidar en el hogar debiese ser una elección que cuente con los apoyos necesarios para que, de escogerse, no precarice la vida.

Según Antonia, por ejemplo, el continuar o no trabajando como técnico el próximo año, cuando su hijo ingrese a la educación formal, es señalado como una decisión que tendrá que tomar pues sospecha de las complejas maniobras de gestión que deberá desplegar para lograr acompañarlo en el proceso académico, y a la vez cumplir con todas sus otras tareas. Pero esta decisión se sustenta tanto en el hecho de que de ella depende el cuidado cotidiano de su hijo y que, en consecuencia, es ella quien debe transar su trayectoria profesional, como también en la naturalización del hombre como proveedor principal. Esa decisión, por consiguiente, traerá un impacto económico a nivel de ingreso familiar, con las consecuentes complejidades que eso puede significar. Por supuesto que en este punto se releva la autonomía de cada mujer para decidir si insertarse o no en el mercado laboral, o realizar trabajo de cuidados en el hogar, o combinar ambas. Lo que se tensiona, desde las palabras de Antonia, es que parezca haber un único camino posible al hablar sobre el cuidado de sus hijos.

Por último, el derecho universal al cuidado implica que quienes se desempeñan laboralmente en esta área lo hagan en condiciones laborales dignas, y se le entregue la valoración y reconocimiento acorde al aporte que hacen al bienestar social (Pautassi, 2010). En este sentido, también hay que observar con mirada crítica la desvaloración de las labores - altamente feminizadas- realizadas en educación parvularia (por sobre otras pedagogías), la invisibilización de la primera infancia y la acotada intervención de políticas públicas que doten de un carácter integral a la atención y cuidados provistos en este ciclo.

**ii. “DARLO TODO POR ELLOS”****Antonia**

Mi nombre es Antonia, soy técnico parvularia y vivo en la comuna de San Pedro de Melipilla, por el Sector Alto Loica, junto con mi pareja y mis dos hijos, de cuatro y un año. Egresé como técnico en el liceo, y de inmediato empecé con mi práctica, luego realicé reemplazos, y ya ingresé definitivamente a JUNJI en abril del año 2013, con contrato fijo. Desde muy pequeña tenía claro que al crecer quería trabajar en el área de educación parvularia. Siempre me gustó y fue mi sueño. No sé bien por qué, pero lo tenía dentro mío, esas ganas de cuidar y poder enseñar. Y aquí estoy, ya llevo 8 años ejerciendo. Casi siempre me he desempeñado en el nivel medio heterogéneo.

Mi pareja trabaja fuera de casa y yo trabajo dentro de la casa. Ambos trabajamos, pero él al trabajar fuera se arriesga por nosotros manejando de aquí para allá, y llega cansado después de estar tantas horas trabajando y le gustaría sentarse un minuto al llegar. Porque una trabajando acá en la casa igual puede descansar en algunos ratitos, pero él no. Yo intento tenerle a los niños listos para cuando él llegue, pero de todas maneras él sabe que me tiene que ayudar un poquito.

La pandemia me ha gustado porque he estado en la casa, no he estado viajando de aquí para allá. Así que ha sido rico en ese sentido, no me he sentido agobiada estando acá. Sin embargo, a veces me gustaría tener algún espacio de descanso, donde poder levantarme tarde, o dormir una siesta. Por ahora, hay que dedicarse a los niños no más y darlo todo por ellos.

**Carolina, educadora, vive en la comuna de Puente Alto junto con su pareja y sus padres, que son personas mayores.**

Mi madre es una persona muy significativa en mi vida, y desde pequeña he sentido un gran apego con ella. En todas mis memorias ella está presente.

Observo en mis padres una forma de relacionarse que asemejo a modos machistas y antiguos, en los que la mujer cumple cierto tipo de roles asociados al cuidado de los hijos y de la casa, mientras que el hombre es el proveedor que tiene que ser atendido dentro del hogar. Pienso que tal vez esa sea la razón de por qué intento relacionarme de un modo diferente con mi pareja. Un modo en el que ambos ayudemos a la mantención del hogar en el que vivimos de una manera más o menos similar. Sin embargo, es un hecho que mi pareja llega tarde del trabajo en los días de la semana, por lo que yo me hago cargo de la mayor parte de las tareas durante lunes a viernes. A veces, lo sorprendo levantado muy temprano haciendo alguna tarea para ayudarme con las cosas del hogar. Pero si no, el fin de semana es el espacio que tenemos para poder distribuirnos mejor todo lo que hay que hacer.

### **Sandra**

Cuando era pequeña no tuve las mejores experiencias educativas, es más, recuerdo un hecho que me marcó en mi trayectoria escolar. Desde chica fui muy tranquila y callada, y al ser la hermana de al medio, siempre pasé relativamente desapercibida. Ingresé a kínder en el colegio, esa fue mi primera experiencia educativa, y de allí recuerdo que quería mucho a una profesora. Pero un día, en medio de una actividad de lectura, yo -como nunca- hice un comentario de lo que ella estaba leyendo, y por eso me castigó parándome al medio de la sala, en donde había un pilar, y me puso un scotch en la boca. El tiempo posterior, producto del miedo que me había implantado esta profesora, no me atrevía ni a pedir permiso para ir al baño, por lo que me orinaba en el colegio hasta más o menos segundo básico. Esta experiencia la guardé conmigo hasta que salí del colegio, y la conté por primera vez con mucha

pena. A pesar del trauma, yo nunca crucifiqué al colegio, sino que responsabilizaba a la persona que me había hecho eso. Es más, mi hija está estudiando en ese colegio porque sé que las cosas cambian y que hay personas diferentes a lo que fue esta profesora.

Esto, junto con otra experiencia compleja que viví en mi infancia, me hicieron sentir que es necesario estar con mayor atención a los niños y niñas, y tener la antena parada para observar cualquier situación en la que pudieran estar siendo abusados y vulnerados. Y además, poder prestar el apoyo necesario a los papás y mamás frente a situaciones en las que quizás ellos tienen desconocimiento.

Visualizo en mi rol, y en mi vocación, la defensa de los derechos de los niños y niñas. He visto a lo largo de mi trayectoria laboral que suceden muchas prácticas que vulneran o entorpecen una experiencia de calidad para ellos y ellas en el jardín infantil, por lo que creo que es posible tomar posición frente a situaciones que no me parecen, y así lo he hecho desde que soy técnico. Afortunadamente, de estos seis años que llevo siendo educadora, nunca he tenido una mala experiencia con mi equipo educativo.

En mi casa viven mis dos hijos mayores, de 26 y 17 años, mi hija de 11 años y mi marido. El año pasado fue muy complejo para mí, y para toda mi familia, por todo lo que implica el teletrabajo en el hogar. Mi esposo quedó cesante, así que él se hacía cargo de lavar y planchar. Mis hijos mayores cooperaban en el aseo y en las compras, y mi hija menor en ese entonces no ayudaba mucho, pero ahora le estamos enseñando a que sea un poco más independiente.

Compatibilizar el trabajo como educadora y el ser madre y dueña de casa fue, y sigue siendo, muy difícil. Frecuentemente mis hijos me hacían notar que no estaba poniendo límites en los tiempos, por ejemplo, al responder llamadas o conectarme a reuniones en la hora de almuerzo. También era frecuente estar en alguna reunión y pararme rápidamente a



preparar el almuerzo, pelar las papas o poner el pollo en el horno, por ejemplo. Además, también soy yo quien acompaña a mi hija menor en las tareas y pruebas escolares. Todas esas son cosas que una no deja de hacer, sólo aprende a gestionarlas en los momentos que se pueda.

**Angélica, técnico, vive en la comuna de El Bosque, junto con sus padres, que son personas mayores, y su hijo de diez años.**

Desde muy pequeña sabía que al crecer quería ser técnico parvularia, a pesar de que mi propia experiencia en jardín infantil no fue de las mejores. Al ingresar al colegio, sin embargo, conocí a la tía Angélica, y gracias a ella pude conocer cómo era educar a niños y niñas en base al afecto y acompañamiento. A mis padres nunca les gustó la idea de que fuera a trabajar en esto, por lo que llegada la enseñanza media mi hermano tuvo un rol importante en acompañarme en la búsqueda de algún liceo que pudiera ofrecerme la formación técnica en el área. Y así fue, logré finalizar mi formación y aquí estoy, haciendo lo que me apasiona desde hace ya muchos años.

Todo el tiempo que ha transcurrido lo observo como intenso pero dinámico. Ha habido de todo, momentos buenos y malos, sin duda que con predominio de lo positivo. Al iniciar en JUNJI comencé en un equipo educativo más experimentado, y sentía un cierto recelo hacia mí por ser la nueva, y por hacerme notar con una personalidad extrovertida. Con el paso de los años me he ido posicionando en mi equipo, y ya no percibo esos sentires del inicio. Todo lo contrario, percibo afecto y compañerismo entre nosotras.

Actualmente estoy en el nivel sala cuna. Un nivel que demanda un modo de relación con los niños y las niñas que se asocia más a lo maternal. Ese sentir aflora, en realidad, en todos los niveles. Creo que el sentimiento de ser la mamá de todos ellos y ellas se intensifica en aquellos casos de niños/as que viven carencia en sus hogares. Intento

que el espacio del jardín infantil sea un espacio seguro para ellos/as, en el que se suplan, lo más posible, esos vacíos con los que llegan.

**Daniela, educadora, vive en la comuna de Pedro Aguirre Cerda junto con sus padres, que son personas mayores, su hermana de doce años y su hijo de cuatro años.**

(...) Pero me gusta mi trabajo, siempre quise ser profesora de párvulos y particularmente entrar a JUNJI, pues es un referente en área. Visualizo mi quehacer en el jardín motivado principalmente por el amor, ese es el gran componente detrás mi trabajo. Procuero cuidar y educar a los niños y niñas al igual que como lo hago con mi propio hijo, y que sientan que el jardín es un espacio seguro, en donde pueden encontrar alegría y aprendizaje. Siento que tengo muchos hijos e hijas que estoy educando simultáneamente, pues muchas veces nosotras compartimos más tiempo con ellos y ellas que su propia familia. Justamente la particularidad del nivel sala cuna es el trabajo en el apego seguro, en lo maternal, el bienestar socioemocional de niños, entregarles toda la atención y contención necesarias para que ellos y ellas sientan que están en un lugar seguro.

### **Injusta Organización Social del Cuidado**

Hablar de cuidados y de doble presencia permite evidenciar la débil participación de los otros actores implicados en la OSC o Redes de Cuidado (Razavi, 2008) específicamente del Estado. Este se involucra a partir de aportes monetarios de manera focalizada y no integral, a grupos específicos de población que presentan necesidades insatisfechas. De esta manera siguen siendo las mujeres quienes, en reemplazo del Estado, amortiguan la pobreza y garantizan la atención de salud, educación y alimentación de las personas a quienes cuidan (Díaz, 2019). Lo anterior se grafica claramente al analizar la política pública de cuidados, en relación con el postnatal, pues únicamente se dirige a mujeres (hombres tienen nada más que 5 días de licencia luego del nacimiento) y no a todas, sino que a quienes cumplan ciertos

requisitos contractuales. Pero también, esta lógica de funcionamiento se refleja en la política pública de educación inicial, pues la provisión estatal se acota a un grupo específico de niños y niñas, cuestión que sería entendible en el margen de una agenda que progresivamente busque la cobertura universal y la integralidad, pero no es el caso.

En un lugar de análisis más amplio, se observa que actualmente la educación inicial pública en Chile se asienta sobre lógicas de protección social, cuestión que se plasma en la potente focalización de su provisión. Según Blanco (comunicación personal, 29 de abril de 2021) la necesidad de focalizar a estos grupos de niñas y niños es justificada pues son ellas/os quienes presentan un mayor nivel de exclusión y desigualdad educativa, pero estas acciones deben ser acotadas en el tiempo o de lo contrario no se logran los resultados esperados. Dicho de otra manera, no acompañar estas acciones con políticas secuenciales en miras a la provisión universal perpetúan la alta segmentación en el sistema educativo. Lo anterior impacta en el bienestar social pues reproduce lugares de segregación en el espacio educativo cotidiano, al mismo tiempo que reproduce redes del cuidado organizadas desde la desigualdad.

Es fundamental preguntarse por quienes están actualmente desempeñándose en espacios educativos que emergen desde una política pública frágil y asistencialista. Sandra devela la compleja gestión cotidiana que realiza entre trabajo y hogar, la cual se exacerba en el contexto de teletrabajo. Es esperable que esta situación impacte en la provisión del cuidado y educación entregados a niños y niñas, pues afecta la disponibilidad de tiempo y afecta a la salud mental de las trabajadoras, lo cual se constata pues la mayoría de las entrevistadas han estado el último tiempo con licencias médicas por salud mental. Para alcanzar el potencial igualador que tiene el acceso a los servicios de cuidado (Esquivel, 2011) es necesario entonces considerar tanto a quienes los reciben como a quienes los entregan.

### **Familiarización y feminización de los cuidados**

El debate en torno a la naturalización de los cuidados como terreno de dominio protagónicamente femenino ha permitido sacar a la luz el sesgo androcéntrico que subyace tal división, y que a su vez vincula a lo masculino con ideales de autonomía, independencia y justicia, desplazando así a las mujeres a “escaños inferiores de desarrollo moral” (Figueroa, J.G. & Flores, G., 2012), y además se les otorga un valor social inferior pues se vincula con

relaciones voluntarias de servicio, falta de autonomía y del ser para otros (Gilligan, 1993 en Figueroa, J.G. & Flores, G., 2012). Según Carolina, es su propia historia de vida la que le permite tensionar esta naturalización. El haber crecido observando patrones de relación asimétricos entre sus padres, y también en torno a la crianza, posibilitó la configuración de un posicionamiento crítico respecto de los roles de cuidado. De esta manera, con este marco de referencia, ella tensiona su propia cotidianidad.

Por otra parte, la perpetuación de la naturalización de los cuidados para las mujeres, en el caso de Carolina, se genera a partir de las relaciones asimétricas y patriarcales que sus padres configuraron entre sí, pues su madre concibe que sólo Carolina es quien le puede proveer entrega de afecto, sostén y gestión necesarios, por lo que la concibe a ella como su principal cuidadora, por sobre su padre.

Sin duda que poder subvertir la lógica patriarcal que permea al cuidado y a la sostenibilidad de la vida es un proceso complejo que no se alcanza tan sólo a partir de las intenciones personales al respecto, sino que se va configurando en la medida que múltiples dimensiones se resquebrajan para posibilitar nuevos modos de relación. Carolina describe que ella observa y tensiona su propia relación de pareja, y despliega acciones para que la distribución de tareas en el hogar sea más equitativa -por ejemplo-, pero es un hecho que los tiempos de exposición en trabajo remunerado fuera del hogar son mayores para su pareja, por lo que se continúa retroalimentando la lógica de inequidad en la distribución de tareas.

Tronto (1993, 2011 y 2013 citada en Batthyány, 2020) propone romper la tradicional ecuación entre cuidados y feminidad, para proponer una “ética de alcance universal y no sólo la ética particular de las mujeres”. De esta manera, como ya se ha mencionado, dar y recibir cuidados pasan a ser aspectos inherentes a toda relación humana.

### **La ética y el bienestar social en el campo de los cuidados**

El análisis de los cuidados desde la perspectiva ética también permite dialogar con el porqué estas mujeres se interesaron por trabajar en educación inicial. Según Antonia, por ejemplo, este camino se inicia a partir de un sentimiento que no logra identificar con claridad desde dónde se configura, pero sabe que siempre ha estado allí. Según Gilligan (1993) en Figueroa, J.G. & Flores, G., 2012), las mujeres estamos expuestas a esta asociación con estar al servicio

y al ser para otros. Tal como relatan Angélica y Daniela, existe una estrecha aproximación a observar su propia labor en el jardín infantil como una proyección de su rol como madre, cuestión que acentúa la naturalización de los cuidados como asunto protagónicamente femenino.

Por otra parte, este “hacer por amor” puede convertirse en un arma de doble filo ya que es una lógica que tiende a justificar las inequidades existentes en el ámbito laboral, las complejas condiciones a las que se ven expuestas y optar por soportar las desavenencias porque el propósito es más significativo que aquello.

Otro eje de análisis de los cuidados invita a reflexionarlos desde la óptica del bienestar social. El bienestar es una dimensión compleja que va desde niveles más colectivos (bienestar social) a niveles más afincados en lo personal (subjetivo y psicológico) (Cueto et.al, 2016). En relación con el bienestar social, este se considera una medida de la valoración que se tiene respecto del entorno social próximo, junto con la comprensión sobre el propio funcionamiento dentro de él (Blanco & Díaz, 2005; Keyes, 1998 en Cueto et. al, 2016). En la misma investigación citada, las autoras evidencian con claridad la asociación que existe entre las condiciones de vida y el bienestar social, y cómo este a su vez se encuentra estrechamente vinculado a la generación de procesos colectivos, construcción de redes de soporte y consolidación de lazos sociales.

El bienestar de una sociedad depende en gran parte de las políticas que los Estados desplieguen para su ejercicio, y ya se ha mencionado la débil actuación que los Estados han mostrado en materia de políticas integrales, dándole predominancia a lógicas de protección social versus lógicas de cuidado. Según Torns et al., existen tres principales razones por las cuales los Estados deciden no reconocer a los cuidados como componente clave del bienestar cotidiano: i) la familiarización de los cuidados, es decir, concebir que quienes deben hacerse cargo primordialmente son las familias, ii) la feminización, considerando a las mujeres como las responsables de suplir ese cuidado, y iii) el lente económico y mercantil con el que operan las políticas de bienestar (2012).

Antonia esboza, tanto en las líneas presentadas como en textos que se expondrán posteriormente, que existen condiciones de su vida que no favorecen su bienestar social, por ejemplo, en relación con sus escasas redes de apoyo, la extensa jornada laboral de su pareja

y las pocas opciones disponibles actualmente para compatibilizar su trabajo con el cuidado de su hijo menor. La pandemia ha permitido corroborar lo que las autoras plantean sobre la débil actuación del Estado en esta materia, pues ha impulsado políticas sumamente acotadas y castigadoras hacia las mujeres que están cuidando a hijos/as pequeños/as, ya que han ido emergiendo sobre la marcha, siempre esperando a último momento para ser anunciadas, destinadas únicamente a un grupo específico de mujeres olvidando a otras tantas, y con una duración limitada, generando así que muchas mujeres deban renunciar a sus trabajos -a pesar de ser una experiencia significativa- y ser sujetas de mayor precarización, o si no, experimentan gran estrés y desgaste emocional por lograr una gestión efectiva, como es el caso de Antonia.

Desde la lógica del bienestar las políticas públicas debiesen contar con un enfoque integral y multifactorial en donde se considere no sólo la provisión del cuidado, sino que se le otorgue un lugar preponderante a las condiciones de vida que experimentan quienes están a su cargo.

### iii. ¿PORQUE QUIERO O PORQUE DEBO? ENTRE EL AMOR Y LA CULPA

#### **Carolina**

Soy hija única y tal vez por eso soy tan cercana a ella (madre), aunque también siento que, si tuviera más hermanos o hermanas, seguiría teniendo este apego que tenemos. Hace un tiempo ya que mi madre empezó a tener distintas dolencias asociadas a sus enfermedades de base, y la observo frágil e inestable. Hay días en los que amanece bien y otros, repentinamente, se pone mal. Cuando la descompensación es muy grande, tenemos que trasladarnos al hospital para que la revisen. Todo esto cuando yo llego de mi trabajo en el jardín infantil, pues ella prefiere esperarme a tener que ir con mi papá, quien no la cuida con la misma paciencia que lo hago yo.

Sin embargo, mi padre es su compañía diaria, y eso es gran cosa cuando se es adulta mayor, con dolencias y en la situación de pandemia que vivimos. Mi madre tiene hermanas con quienes mantiene una relación de afecto que ha encontrado un nuevo espacio de expresión a través del whatsapp, posibilitando mayor comunicación. A pesar de todo, ella aún es autovalente, al igual que mi padre, por lo que se encargan por sí mismos de buena parte de las tareas diarias. No obstante, sí me siento a cargo de mi mamá, tanto en aspectos específicos como monitorear la toma de medicamentos, llevarla al médico cuando es necesario, ayudarla en tareas domésticas de mayor exigencia, instarla a que se haga los chequeos de salud necesarios para dilucidar el porqué de sus malestares, por mencionar algunos. Pero también me siento a cargo desde lo emocional, pues yo sé que soy un apoyo fundamental para ella, una especie de sostén del que ella depende.

Un ejemplo que grafica esta situación es a partir de mi sueño de irme a vivir al sur junto a mi pareja. Es una ilusión que ya lleva un tiempo en mi cabeza, y con la cual mi pareja y yo nos proyectamos realmente. Fantaseamos sobre el trabajo que podríamos tener en otro lugar, pues afortunadamente ambos podríamos continuar con nuestras mismas ocupaciones si así lo quisiéramos. También fantaseamos y anhelamos una vida más tranquila que nos ofrezca una mejor calidad cotidiana. Cuando converso con mi madre de este sueño, ella me dice que me vaya, que lo cumpla. Sin embargo, yo sé que por dentro ella se desmoronaría. Mi mamá igual me amarra en ese aspecto porque necesita de los cuidados que le brindo, y yo tampoco podría emocionalmente dejarla, no podría. No es viable para mí irme sin mis padres, pues no soy capaz de generar ese sufrimiento en ella. Es por esto por lo que, de momento, lo veo como un sueño a largo plazo, para el cual debo ver la manera de convencer a mi madre de dejar su casa, su lugar, para emprender una nueva vida en el sur.

Durante los fines de semana, me gusta salir con mi pareja, vamos mucho al Cajón del Maipo. Ese entorno natural me relaja. A estos paseos frecuentemente invito a mis padres, pues no me gusta salir y saber que ellos se quedan en casa como siempre, haciendo lo mismo de todos los días. A mi madre, sin embargo, no le gusta salir y prefiere quedarse en casa.

### **Sandra**

Mi papá tiene Alzheimer, y mi madre falleció de cáncer. Mi papá está siendo cuidado por unos sobrinos, y eso me genera un sentimiento de culpa, pues quien debería estar cuidándolo soy yo. Nosotros somos siete hermanos en total, una de mis hermanas menores fue quien se hizo cargo de mi mamá cuando estaba enferma, y no la cuidó como nosotros esperábamos. Mi hermana mayor tiene fibromialgia, por lo que no puede cuidarlo. Otro de mis hermanos es drogadicto, el otro es ingeniero y



trabaja en una mina, y otra hermana vive en el norte. De todos ellos, soy yo y mis sobrinos quienes estábamos mejor para cuidar a mi papá, sin embargo, el año pasado mi sobrino pasó por un momento difícil, y decidimos internar a mi papá en un buen lugar. En este lugar se prohibían las visitas pues estábamos en plena pandemia, y eso generó que mi papá se desestabilizara y tuviéramos que sacarlo de ahí.

Mi marido me dice que menos mal que él y mi padre se llevan mal, ya que de lo contrario él ya estaría viviendo acá con nosotros. La verdad es que apenas se presenta un fin de semana largo o vacaciones, yo traigo a mi papá con nosotros, o nos vamos a la playa con él. Y así soy en todo ámbito de mi vida, me siento responsable por quienes me rodean y trato de entregar todo lo que tengo para ayudar en el bienestar de los demás. El jardín queda a cinco minutos de mi casa, y hay ocasiones en las que me traigo canastas de alimentos para entregárselas en mi casa a algunos papas, o recibo a apoderados acá para atenderlos brevemente. Ahora que me encuentro con licencia médica, también sigo pendiente de las labores del jardín, contestando llamados y respondiendo correos.

### **Afectos: dimensión clave en el trabajo**

Un elemento esencial, y muchas veces infravalorado de considerar para aproximarse a cómo operan los cuidados y la doble presencia en la vida cotidiana, son los afectos. La exposición al trabajo continuo para las mujeres no se da en un terreno inerte. No es sólo la puesta en marcha de una maquinaria de acciones y estrategias para sostener condiciones de subsistencia. Los afectos y la emocionalidad son cauces que permean la cotidianidad, que la moldean y que articulan las acciones que en ella se despliegan.

La primera constatación relevante en este sentido es que la construcción de afectos es una dimensión que articula trabajo remunerado y el de cuidados (Tereso, Cota, 2017). Según Sandra, es a partir de su emocionalidad respecto de sentirse responsable para los demás que se genera la necesidad de estar siempre disponible y presente. Esta emocionalidad opera

como un engranaje, de acuerdo con lo señalado por Tereso y Cota, que conecta el trabajo en el hogar con el del jardín infantil, y les otorga características particulares en su cotidianidad, difuminándose los contornos propios del espacio hogar y trabajo.

Para Carolina, por ejemplo, la emocionalidad también es una dimensión crucial que va a determinar, de manera más potente que otras, los modos en los que se organice su vida cotidiana. Al pensar en los cuidados, y en las personas cuidadoras, se observan múltiples factores que inciden en la gestión de estos en el cotidiano: la presencia o no de otros actores implicados en su provisión, la disponibilidad de tiempo, las características del espacio, las condiciones del trabajo remunerado, condiciones estructurales, por mencionar algunas. Mucho se piensa que son estos los ejes que van a terminar por configurar la dinámica del trabajo de cuidados, pero poco se ha hablado sobre cómo opera la dimensión afectiva en todo este engranaje y Carolina permite constatar que, para ella, es esa la dimensión preponderante.

Ella con su pareja cuentan con todas las posibilidades materiales para poder emprender su sueño de irse a vivir al sur, tanto en relación con los recursos monetarios como con la flexibilidad laboral. Y ambos conciben esta opción como una mejora considerable en su calidad de vida. Además, si bien sus padres son personas mayores, son ambos autovalentes, por lo que no existe una dependencia concreta en el cuidado. Pero es aquí cuando los afectos interpelan a la lógica racional para develar su importancia en la vida cotidiana.

Tal como señala Gutiérrez-Rodríguez (2013) el trabajo doméstico es a su vez trabajo afectivo, pues siempre va de la mano con la producción de bienestar, afabilidad, habitabilidad y confort, independiente de que tal empleo no lo demande de manera específica. A partir de este planteamiento es que en esta investigación se asume una segunda constatación: los cuidados (y no sólo el trabajo doméstico) son trabajo afectivo. De esta manera, se puede decir que los afectos no sólo articulan lo reproductivo con lo productivo, sino que son un elemento *inherente* a los trabajos, independiente del tipo que sea. Es decir, hablar de doble presencia es también hablar de cómo los afectos operan en la gestión de la vida.

Lo anterior es una constatación muy relevante pues la dimensión emocional afectiva ha sido un elemento subvalorado en el abordaje de procesos sociales y políticos (Martín Palomo, 2008), cuestión que fue revertida por las feministas de la segunda ola, quienes a partir del

lema “lo personal es político” dejan ver con claridad que no hay nada de íntimo en la afectividad (Lamas, 2018). Autores como Ahmed (2004) y Berlant (2011) abordan la cuestión de los afectos y le asignan el nombre de “giro afectivo” a la comprensión de las emociones como prácticas sociales y culturales que inciden en la vida pública, y no sólo como estados psicológicos (Lamas, 2018). Al respecto se señala:

Desde la perspectiva de que las emociones que circulan en una economía afectiva tienen consecuencias públicas, resulta importante dilucidar cuál es la economía emocional que sostiene la repartición del trabajo: (...) habría que discurrir sobre lo que sucede con las emociones de las mujeres, para quienes el mandato cultural que las lleva a cuidar, además de ocasionarles discriminación laboral, también les produce inmensa satisfacción psíquica. Esto les genera una profunda ambivalencia, pues el trabajo de cuidado les genera simultáneamente una gratificación y una pérdida de autonomía. (Lamas, 2018, p.15)

Antonia evidencia claramente cómo los afectos operan como un engranaje entre las dimensiones reproductivas y productivas. Según ella, este componente es clave y determinante sobre el curso que siga su trayectoria de vida. El cuidado de sus hijos, en tanto es gestionado protagónicamente por ella, está dotado por un sustrato afectivo tal, que planea poner a disposición su trabajo remunerado, como una estrategia eficaz para gestionar más fácilmente su cotidiano en el momento en que su hijo ingrese al colegio. Autoras como Batthyány (2020) propondrían que lo anterior se explica por la excesiva naturalización del cuidado como asunto familiar y femenino, la que provoca que este sea un derecho significativamente resistido por parte de los Estados.

Pero hablar de afectos y de emocionalidad en la esfera de los cuidados no pretende estar asociado a una mística romántica de que todo lo que se hace, se hace por amor. La propuesta del giro afectivo, al apuntar que las emociones son prácticas sociales y culturales, es clave pues permite desmenuzar desde dónde provienen las emociones más conflictivas asociadas a los cuidados, como por ejemplo la culpa, y también mostrar cómo incide en la vida cotidiana.

Sandra y Carolina describen la culpa que experimentan cuando sienten que están fallando al rol de cuidadora de sus padres. La sociedad configura un estándar sumamente elevado sobre lo que se espera de una mujer cuidadora, y este permea en la subjetividad y en las prácticas sociales de Sandra y Carolina, para inscribir un sentimiento de insuficiencia y culpa que muchas veces se encuentra tensionado por deseos de descanso y autonomía. Vivir en esta contradicción pareciera ser un constante ir y venir entre mis deseos y mis obligaciones sociales.

### **Economía del cuidado ¿Y ellas, qué ganan?**

Al pensar en toda la provisión de cuidados que estas mujeres entregan, ya sea por culpa o por amor o, más bien, la mixtura entre ambas surge la pregunta ¿Y ellas, qué ganan? La respuesta que se dará en estas líneas se encuentra enmarcada en otro eje de análisis de los cuidados, que corresponde al del lente de la economía del cuidado.

El concepto de economía del cuidado surge desde distintos lugares académicos (Esquivel, 2011), siendo uno de ellos la revitalización que hace la economía feminista del debate del trabajo doméstico.

Si la economía clásica tiene el foco puesto en el mercado y en el trabajo remunerado como fuente de producción de riqueza, la feminista y luego la del cuidado se posiciona como una alternativa que considera también el papel del trabajo de cuidados en el ciclo económico. Estos últimos tienen un carácter subsidiario a la economía de mercado: son necesarios para mantenerla y para producir riqueza a partir de la reproducción que se realiza en la vida cotidiana (Batthyány, 2020).

La especificidad de este posicionamiento es poner de relieve que al cuidar se está generando bienestar que debe ser reconocido y valorado desde el punto de vista de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios. Por lo tanto, se pretende integrar en el análisis de la dinámica económica y al mismo tiempo analizar el impacto que la dedicación al cuidado tiene en la vida de las mujeres (Rodríguez, 2015 en Batthyány, 2020).

Un aspecto fundamental, en este sentido, son las contribuciones que ha realizado este campo de estudios sobre la participación económica de las mujeres y sobre la pobreza, permitiendo develar -como es el caso de las trabajadoras del primer nivel de enseñanza- la existencia de

ocupaciones altamente feminizadas, las mismas que habitualmente tienen menor valor social y mayores niveles de precarización.

La invitación que hace la economía del cuidado es a observar el sistema económico como un todo, tensionando “los modos en los que se genera la distribución de los trabajos, los tiempos y los ingresos para poner la producción de bienestar en el centro del análisis” (Esquivel, 2011), cuestión de gran relevancia al pensar las sujetas protagonistas de esta investigación ya que i) se desempeñan en una categoría ocupacional altamente feminizada y desvalorizada socialmente debido a su estrecha vinculación con la provisión de cuidados que se dan en hogar, ii) no poseen tiempos establecidos y diferentes de trabajo productivo y reproductivo, sino que estos se gestionan solapadamente y iii) poseen unas de las más bajas remuneraciones respecto a quienes trabajan en educación. Tensionando estos elementos, el foco debe orientarse hacia cómo posibilitan una cadena de sostenibilidad de la vida en lo productivo y reproductivo.

## V. POSIBILIDADES DE LO COMÚN EN UNA VIDA DE DOBLES PRESENCIAS

*“El cuerpo en tanto materialidad histórica y política de la que partimos. El cuerpo vivido. El cuerpo sentido. El cuerpo territorio. El cuerpo proyectado. El cuerpo en relación a otros cuerpos (...)*

*El espacio para estos cuerpos en la comunidad y en el mundo (...) El espacio de las mujeres en toda la extensión del territorio de la comunidad.*

*El tiempo, que es la vida de las mujeres en la comunidad. El tiempo como la posibilidad para hacer el Vivir bien. Es denunciar la doble y triple jornada de trabajo de las mujeres. Es denunciar el tiempo obligatorio y no pagado del trabajo doméstico.*

*(...) El movimiento de las mujeres es la autonomía en las decisiones. El movimiento de las mujeres es la participación y organización de la reflexión y la propuesta de sociedad en la que queremos vivir.*

*Y, por último, la memoria. Saber de dónde somos, adónde vamos, cómo venimos y cómo vamos.*

*Valorar nuestros saberes y conocimientos. Entender que no es natural nuestra situación de opresión y discriminación en el mundo, no nacimos así” (Paredes y Guzmán, 2014, p.52)*

Este capítulo profundiza de manera específica en el fenómeno de la doble presencia y las formas que adquiere la vida cotidiana, con especial atención en las posibilidades o limitaciones para el encuentro con otros y otras en una dinámica de pertenencia, interrelación y validación mutua.

El primer apartado “*¿De dónde sacar momentos cuando el cuerpo está cansado?*” presenta el concepto de doble presencia, de dónde proviene y sus contornos teóricos. Rocío, Daniela, Sandra, Antonia y Angélica describen la gestión cotidiana que llevan a cabo, y se presenta el diálogo de esta con las variables tiempo y espacio, coordenadas claves de la doble presencia. También nos muestran cómo impacta este fenómeno en su salud mental, relevando una arista muchas veces oculta y desconocida.

En el segundo apartado “*Mis límites y posibilidades para estar en común*” Daniela, Rocío, Antonia y Carolina describen condiciones del hogar y del empleo que agudizan o amortiguan el fenómeno de la doble presencia en su cotidiano. Se profundiza en la pregunta de

investigación de esta tesis, haciendo dialogar estas condicionantes con las posibilidades de encontrarse con otras u otros hacia la construcción de tejidos comunitarios.

**i. ¿DE DÓNDE SACAR MOMENTOS CUANDO EL CUERPO ESTÁ CANSADO?**

**Rocío**

Al quedar embarazada de Amaral, y unos meses antes de que ella naciera, tomé la decisión de irme a vivir a la casa de mi madre, pues hasta ese momento me encontraba en la casa de mi pareja. Lo decidí por mi comodidad, porque sospechaba de los complejos tiempos que se avecinaban, y por todo el apoyo que iba a requerir para acomodarme a la vida con una hija recién nacida. En el periodo de postnatal mi madre fue un importante soporte, pues me permitió esos momentos de descanso que son tan necesarios en el puerperio.

(...) En otras oportunidades, tenía que conectarme a reuniones laborales, las cuales coincidían con las clases de Martín y con la siesta de Amaral, por lo que mi hermano cumplía un rol fundamental. Él bajaba a Amaral en su coche, y procuraba que se durmiera en el paseo. Mientras, estaba conectado a sus clases a través del celular. Paralelamente, también me conectaba a las clases de él para estar atenta si es que pedían alguna tarea específica. Esta presencia en distintos espacios que requerían de mi atención también sucedió en algunas ocasiones en las que tuve que ir a algún control médico con mi hija, al mismo tiempo en que estaba en una reunión laboral, por lo que me ponía un audífono para lograr comprender lo más relevante. Recuerdo que mis días giraban alrededor de la cocina- comedor, ese era mi escenario cotidiano.

Todo esto, inevitablemente también generó conflicto en la relación con mi madre y con mi pareja, pues en el momento en que ellos llegaban a

la casa, yo ya me encontraba sobrepasada de estrés y cansancio. Es así como se fueron generando las razones suficientes para que con Carlos decidiéramos buscar un lugar para nosotros tres, en el que pudiéramos sentirnos más tranquilos y organizados. Mi día a día, sin embargo, sigue siendo caótico.

Si bien ahora estamos sólo los tres, han a florado nuevas complejidades para mí. Una de ellas es respecto al trabajo de mi pareja, pues Carlos es tatuador, y atiende a sus clientes en nuestro departamento. Esto implica que diariamente están entrando distintas personas a mi hogar, espacio que debemos mantener ordenado, limpio y sin olores para que él pueda brindar un buen servicio. En el cotidiano, esto va generando que me tenga que adecuar a ciertas exigencias que, si bien comprendo y empatizo con Carlos, no dejan de ser ajenas a lo que se espera de tu propia casa. Un ejemplo de aquello es lo que sucede durante los fines de semana, días en los que Amaral y yo debemos permanecer encerradas en la pieza principal, mientras Carlos atiende a sus clientes. Nuestra única escapada es cuando llevamos la ropa sucia a la lavandería del edificio, para luego volver a la pieza. Si bien este espacio es grande, y Amaral se entretiene jugando y yo me ocupo en ordenar o guardar ropa, por ejemplo, no deja de ser incómodo que finalice la jornada laboral el viernes para luego vivir esta situación en casa.

### **Daniela**

Si bien intento que mi rutina diaria esté estructurada, siempre suceden imprevistos y me mantengo flexible ante ellos, para no estresarme de más. Mi día comienza a las 6.45 hrs, y hago todo lo relacionado a necesidades básicas e higiene. Diego se encuentra en jardín a distancia, por lo que mi madre, Claudia, lo cuida mientras yo estoy en el trabajo. Antes de salir por la mañana, le dejo su desayuno listo y cualquier otra cosa que requiera. Me traslado en bicicleta, por lo que al llegar al jardín me ducho y me preparo para la jornada. Contamos con diez minutos



para tomar desayuno, y por causa de los aforos, no podemos compartir todas juntas. Los niños y las niñas se retiran a las 15:00 hrs, aproximadamente, y desde ese momento hasta las 17:20 hrs dispongo para las funciones administrativas.

Al llegar a mi casa empieza otra jornada, pero la que tiene que ver con mi rol de madre. Con Diego salimos a la plaza y permanecemos allí por una hora y media más o menos. Es importante para mí este momento, pues no me gustaría replicar con mi hijo ciertos aspectos de mi propia crianza. Al pensar en mi niñez, predomina el sentimiento de haber estado sola en casa, al cuidado de mi hermana menor por largos periodos de tiempo. Esto mientras mi madre pasaba el día en donde mi abuela. Es por esto por lo que, al llegar a la casa, y al jugar en la plaza con mi hijo, mi foco está puesto en pasar momentos de calidad juntos.

### **Sandra**

En mi casa viven mis dos hijos mayores, de 26 y 17 años, mi hija de 11 años y mi marido. El año pasado fue muy complejo para mí, y para toda mi familia, por todo lo que implica el teletrabajo en el hogar. Mi esposo quedó cesante, así que él se hacía cargo de lavar y planchar. Mis hijos mayores cooperaban en el aseo y en las compras, y mi hija menor en ese entonces no ayudaba mucho, pero ahora le estamos enseñando a que sea un poco más independiente. La verdad es que no les queda más opción que apoyarme y ayudarme con las cosas de la casa, porque el mayor -y a veces único- ingreso de la casa es el mío, y es el que nos permite darnos pequeñas comodidades que antes eran impensadas.

Compatibilizar el trabajo como educadora y el ser madre y dueña de casa fue, y sigue siendo, muy difícil. Frecuentemente mis hijos me hacían notar que no estaba poniendo límites en los tiempos, por ejemplo, al responder llamadas o conectarme a reuniones en la hora de almuerzo. También era frecuente estar en alguna reunión y pararme rápidamente a preparar el almuerzo, pelar las papas o poner el pollo en

el horno, por ejemplo. Además, también soy yo quien acompaña a mi hija menor en las tareas y pruebas escolares. Todas esas son cosas que una no deja de hacer, sólo aprende a gestionarlas en los momentos que se pueda.

### **Antonia**

Actualmente me encuentro acogida al permiso otorgado por JUNJI para realizar teletrabajo por tener un hijo menor de dos años, el cual termina pronto producto del cese del Estado de Emergencia. Trabajar en esta modalidad es complejo, principalmente por la mala señal que tenemos en este sector. Este factor genera bastante ansiedad en mí, pues entorpece la comunicación que debo mantener con las madres y padres de los niños y niñas, y también con el equipo educativo. En actividades de capacitación a las que tengo que asistir, muchas veces no escucho bien lo que se relata o simplemente se corta la conexión. Por otra parte, mientras transcurren estas actividades sincrónicas, ha sucedido que mi hijo se pone a llorar o me requieren para algo, por lo que debo apagar la cámara y atenderlos.

Todas estas situaciones suceden mientras estoy a cargo de mis dos hijos y de la mantención de la casa. A grandes rasgos, cocino y alimento a mis hijos, me encargo de su higiene diaria, resguardo su seguridad, les brindo contención y compañía, los acuesto y, en el caso de mi hijo menor, lo hago dormir en las noches en sus reiterados despertares.

Esta sincronía entre mis funciones laborales y mis funciones dentro del hogar genera una sensación de estrés en mi cotidianidad y también genera incertidumbre, pues me pregunto si podría haber alguna consecuencia negativa para mi desarrollo laboral.

A pesar de todo esto, prefiero trabajar bajo esta modalidad que volver al jardín. Previo a la pandemia ya estaba acostumbrada a mi día a día presencial en mi trabajo, mi hijo mayor desde los 6 meses ingresó

conmigo al jardín, por lo que se volvió una rutina para nosotros. En el traslado nos demoramos una hora veinte más o menos, pero no significaba un problema para mí más que en lo económico.

La gestión de todo lo que tengo que hacer es agotador, me da dolor de cabeza, siento un peso en la cabeza. Me agotan las tareas de la casa y del cuidado de mis hijos, pero ya estoy acostumbrada. Lo que por sobre todo me agota son los temas de mi trabajo, y ahora en especial todos los arreglos que tengo que hacer para poder retornar presencial el viernes. Justamente ahora, por ejemplo, mi hermana me dijo que no estará disponible para cuidar a mi hijo menor el viernes y el lunes. Pregunté en mi trabajo si tengo algunos días de vacaciones disponibles para utilizar, y no. El jardín, por su parte, no se ha referido a mi situación, dándome a entender que no hay flexibilidad de parte de ellos, lo que hace que me caliente la cabeza buscando otra solución.

### **Angélica**

Además de lo que le sucedió a mi padre, quien quedó con secuelas de Afasia, a mi madre le descubrieron una anomalía cardíaca hace un año, cuestión que fue tratada con una cirugía de urgencia en lo que se suponía iba a ser un procedimiento sencillo. Sin embargo, las cosas se complicaron y tuvo que permanecer hospitalizada por un mes en el Barros Luco. Este período fue muy complejo para mí, significó un gran desgaste emocional pues, además, producto de la pandemia nuestro contacto con mi madre fue casi nulo. Por las noches no podía conciliar el sueño, me inundaba la tristeza y la angustia. A la vez, a pesar de esta vulnerabilidad, intenté mostrarme estoica e inmutable, continué realizando mis funciones con normalidad y me aferré a la idea de que había muchas cosas que dependían de mí, por lo que no podía darme el lujo que flaquear. Todo esto me llevó a hacer cortocircuito en un momento, experimentando una sensación de malestar tan fuerte que me llevó a tomar una licencia médica.

Mi día a día comienza temprano pues ingreso a las 8:30 hrs al jardín infantil. Tengo la suerte de que me demoro tan sólo diez minutos en el trayecto en micro y, cuando tengo tiempo y ganas de relajarme, me devuelvo caminando desde el jardín a mi casa, y en eso me demoro unos veinte minutos. Pero en general, la verdad es que me vuelvo rápidamente a mi casa para poder estar con mi hijo.

Al llegar, además de compartir con él, reviso sus tareas, ordeno la mochila, preparo cualquier material que necesite para el día siguiente, lo baño y acuesto. También, administro los remedios de mis papás y empiezo a preparar parte del almuerzo, para finalizarlo por la mañana previo a irme al jardín. Si bien mis papás son autovalentes en la mayoría de las actividades cotidianas, yo no los dejo que se preparen la comida por sí solos, así que los ayudo en eso. El aseo se mantiene a modo general en la semana, y ya el fin de semana hago un aseo más profundo.

### **Doble presencia: posicionando el concepto**

Desde hace ya un tiempo que se encuentra operando la idea de que las mujeres que trabajan de manera remunerada fuera del hogar se encuentran cumpliendo una “doble jornada de trabajo” pues al finalizar su jornada laboral, deben iniciar una nueva en casa, relacionada con las tareas de cuidados. La doble responsabilidad de tareas se conoce tradicionalmente como doble jornada laboral (Tereso y Cota, 2017). Si bien este concepto permitió dilucidar que los trabajos en la vida de las mujeres presentan particularidades que impactan su bienestar social, tiene ciertas limitaciones en dar cuenta de manera más precisa de las estrategias y ajustes que realizan las mujeres para compatibilizar ambos trabajos (Cubillos y Monreal, 2019), y de allí la necesidad de pensar estos trabajos en clave de *presencias*.

El término doble presencia, llegado desde Italia de la mano de Laura Balbo (1994), se entiende como la necesidad de responder de manera simultánea a las demandas del trabajo asalariado y del trabajo doméstico-familiar, poniendo de relieve el carácter solapado de ambas exposiciones. Es decir, ambas atmósferas de trabajo son parte de una misma realidad

social para las mujeres “y presentan interferencias frecuentes en el tiempo cuando es necesario responder a las demandas de ambos espacios” (Moreno et al., 2010). Al respecto, Carrasquer (2009) nos dice que la doble presencia femenina evidencia que las mujeres ya no cumplen la función de proveedoras de cuidados siempre disponibles -por estar ahora asalariadas-, lo cual tensiona un orden socio- temporal y de organización del trabajo. La doble presencia se expresa entonces en el escenario de la crisis de los cuidados.

Este fenómeno y su impacto en la salud mental de la población es un fenómeno abordado no tan sólo desde la academia. El alto grado de cansancio que provoca el trabajo de cuidados en quienes lo proveen (Tereso y Cota, 2017), en conjugación con la carga propia de la participación en el mercado laboral, es considerado un factor de riesgo en nuestro país, y de allí que se haya incorporado la Doble Presencia como una de las cinco dimensiones de factores de riesgo del Cuestionario de evaluación de riesgos psicosociales en el trabajo SUSESO Ista 21 (Cubillos y Monreal, 2019), dando cuenta que desde las políticas públicas está empezando a considerarse este factor con la relevancia que merece.

El cuidado de las personas que componen el hogar, así como la sostenibilidad íntegra de la vida familiar, ya no es el único camino posible para las mujeres. O bien sea desde la autonomía ganada a través de la incorporación al mercado laboral, o bien desde la precarización de la vida, que ha hecho que los hogares no puedan sostenerse con una única fuente de ingreso, las mujeres ya no están disponibles para el cuidado como antes. Sandra lo describe muy bien, al relatar que ella, en tanto sostenedora principal del hogar, ya no puede realizar las mismas tareas de cuidado que antes, cuando no tenía las responsabilidades que tiene ahora como educadora. Y es a partir de esta necesidad de tener que trabajar en el jardín, para así poder mantener una calidad de vida que les permita un margen de holgura mayor que tiempo atrás, que el resto de su familia ha tenido que redistribuir las tareas de cuidado que ahora quedaron en manos de nadie.

A pesar de la irrupción en el mercado laboral, la misma sociedad que invita fervientemente a las mujeres a que se incorporen al ruedo capitalista en nombre de la libertad o con la amenaza de la precariedad, es la sociedad que espera que sigan cuidando como lo hacían

antes. Antonia, en el marco del término de su licencia postnatal, grafica el abandono del Estado en la organización social del cuidado en un contexto tan apremiante como la pandemia. También describe estar haciéndose cargo del cuidado de sus hijos con las mismas exigencias que tendría si es que no estuviera trabajando remuneradamente.

Como las mujeres siguen siendo las protagonistas del trabajo de cuidados (Carrasquer, 2009) o, dicho con otras palabras, como los cuidados siguen siendo una actividad que no es reflexionada desde lo colectivo, son las mujeres quienes ven marcadas sus trayectorias a partir de la gestión que hacen de sus vidas y de lo que deben sostener. Y tal cual lo describió Antonia en apartados anteriores, cuando adelantaba que probablemente iba a tener que dejar su trabajo en el jardín, para poder estar disponible para todas las demandas que va a implicar el ingreso de su hijo a la educación básica.

### **Impacto en la salud mental**

Tal como señala Carrasquer (2009) el tiempo y el espacio son las coordenadas de la doble presencia en el plano de la vida cotidiana, por lo que el análisis de la situación que experimentan las mujeres que trabajan en educación inicial se realiza considerando tales coordenadas como ejes analíticos. Cubillos y Monreal (2019), observando las repercusiones de la doble presencia en la salud mental de las mujeres, coinciden en que la variable “tiempo” es crucial. Para Antonia, el agotamiento mental y corporal se expresa a partir de una dinámica diaria que no cesa pues ni las noches son para ella momentos de descanso, pues es ella quien se levanta a atender a su hijo pequeño. Es en torno a la variable de tiempo que diversas demandas se vuelven simultáneas, generando la exigencia de estar disponible en ambos lugares a la vez, cuestión que ha sido muy claramente descrita en los relatos. Carrasquer (2009) dice que la dimensión temporal supone la necesidad de observar lo que pasa con dos cuestiones importantes: el tiempo de trabajo y el cómo se va construyendo la trayectoria vital de las personas.

Díaz (2019) señala de manera muy clara que “el trabajo constante es el de organización y gestión del tiempo de trabajo, es decir, las tácticas de combinación de actividades para

resolver la vida cotidiana, en la encrucijada entre producción y reproducción. Esta gestión del tiempo es, siempre, la actividad más difícil de delegar para las mujeres” (p.17). Según Sandra, Rocío y Daniela, por el contrario, ha sido un alivio el poder delegar en sus parejas y madre aspectos cotidianos del cuidado de sus hijos/as y de la mantención del hogar. No obstante, esto se produce únicamente en tanto ellas deben retornar a su puesto de trabajo de manera presencial, generando así un vacío en la provisión de trabajo doméstico y de cuidados que debe ser delegado, pero que no emerge desde una lógica de corresponsabilidad.

La dimensión espacial también es clave en el análisis: en primer lugar, porque mujeres en situación de doble presencia realizan sólo algunas tareas domésticas y familiares en el espacio doméstico del hogar (limpieza, preparar alimentos, por ejemplo), realizando buena parte de estas tareas en el espacio público (trasladarse a servicios de salud, cuidar a familiares fuera de casa, gestionar tareas que aseguren el funcionamiento del hogar, entre otras). Rocío, por ejemplo, describe cómo utiliza los espacios “desocupados” en el jardín infantil para ir a la feria a hacer las compras para su casa, pues en otro momento se le torna más complejo de realizar.

En segundo lugar, tal como describe Angélica, el hecho de que su trabajo quede tan cerca de su casa es un factor que es considerado como favorecedor del autocuidado, en tanto el traslado a pie se comprende como un momento para ella misma, de descanso y desconexión. Asimismo, también se comprende como un elemento que posibilita estar presente más prontamente en su hogar, para compartir con su hijo. De esta manera, qué tan cerca o lejos esté el empleo respecto del hogar impacta en la disponibilidad de las mujeres a las tareas que deben cumplir, así como en el nivel de gestiones y estrategias que deben poner en práctica (Carrasquer, 2009).

El espacio transitado por educadoras y técnicos constituye entonces un aspecto clave a observar, tanto en relación con cuán cercano está el centro educativo respecto de sus hogares, es decir, si ese lugar se inserta en el territorio que ellas habitan o deben trasladarse a otro, y qué repercusiones tiene en términos de tiempo destinado al traslado. O por ejemplo también hay que mirar si la participación en un empleo que se inscribe en el territorio que se habita

posibilita una mayor apertura a construir relaciones sociales y comunitarias respecto de las mujeres que no viven ahí. Al contrario de Angélica, Antonia refiere que su trabajo queda a una distancia de una hora y media de su casa, lo cual era complejo más que por el tiempo, por el costo económico de pagar cotidianamente pasajes de precio tan elevado. Esta también es una razón que ella esboza como relevante cuando se cuestiona una posible retirada del jardín infantil.

A partir de lo que ya se ha expuesto, surgen algunas interrogantes al poner el foco en las mujeres trabajadoras de la educación inicial, como por ejemplo ¿qué supone para ellas la combinación de trabajos, tiempos y espacios a los cuales están expuestas? ¿qué repercusiones tiene en sus trayectorias vitales? ¿qué posibilidades y limitaciones da este escenario, para el encontrarse con otros y otras en un estar en común? O, dicho de otra manera, ¿qué posibilidades de y limitaciones tienen para tejerse en comunidad?

Una posible entrada de respuesta para las primeras preguntas corresponde a los costes que esta combinación tiene para su salud. La preocupación de *estar* de manera permanente genera tensión psíquica y ello supone riesgos para la salud (Cubillos y Monreal, 2019). La sincronía en la exposición a los trabajos trae consigo de manera ineludible una profundización de la sobrecarga en las mentes y los cuerpos de las mujeres trabajadoras (Díaz, 2019), y Rocío, Angélica, Sandra, Antonia y Daniela lo describen muy bien. Para Rocío, por ejemplo, el período de teletrabajo implicó un nivel elevado de detalle y especificidad en la gestión de las tareas cotidianas tal, que debe abarcar sus responsabilidades como madre, como cuidadora de Martín (su hermano) como técnico parvularia y como dueña de casa. Son cuatro dimensiones que deben ser sincronizadas, coordinadas y planificadas de manera de lograr un resultado consistente. Esta nueva forma de división sexual del trabajo en el capitalismo avanzado requiere de un nivel detallado de gestión del tiempo y del espacio, a modo de compatibilizar los distintos lugares que se transitan en el cotidiano (Carrasquer Oto, 2019 en Díaz 2019), generando así identidades femeninas atravesadas por esta lógica de administración de la vida. El trabajo se vuelve un continuo, difícilmente cuantificable y separable en espacios y tiempos diferidos. En palabras de Sandra, “son cosas que una no deja de hacer, solo se aprende a gestionar de mejor manera”.



Para Angélica, el ser cuidadora de sus padres, de su hijo y sostenedora del hogar trae consigo un sentimiento de responsabilidad tan grande que le impide exteriorizar su emocionalidad y delegar tareas en sus redes de apoyo. Ella describe no poder darse el lujo de flaquear, pues comprende el agotamiento físico y mental como una esfera que no tiene posibilidades de emerger sólo por el hecho de estar presente, sino que le asigna momentos específicos del día, aquellos momentos en los que se encuentra sola o con alguien de confianza, momentos en la noche, cuando todos duermen. A su pena, angustia y preocupación sólo las conoce su hermano Nicolás, y en esos momentos de conversación con él logra botar un poco de lo que lleva dentro, para luego comenzar un nuevo día intentando estar lo más armada posible, lo más sostenedora posible, en un intento continuo por no flaquear. Hasta que, como ella describe, hace cortocircuito, y es su cuerpo pidiéndole un descanso.

Sandra, con sus particularidades, también describe algo similar. Esos momentos de derrumbe, que refiere, le vienen cada cierto tiempo, no son nuevos para ella, pero el último tuvo una intensidad mayor, y lo expresa en su rostro a medida que lo relata. Para Sandra la doble presencia opera como una vía de escape frente a ese *algo* que lleva dentro que no logra identificar, pero que le duele y le angustia “de esta manera estar sobre la máquina, siempre haciendo algo, ya sea del jardín o de la casa, me ayuda a no hacerme cargo de todo eso que siento dentro”, señala. Esta “vía de escape” que se configura a partir de estar ocupada constantemente, a un ritmo vertiginoso, es un gran problema para la salud mental. El estallido social del 18 de octubre del 2019 posicionó fuertemente la frase “*No era depresión, era capitalismo*” como una forma de dar cuenta de las profundas implicancias que tiene el sistema capitalista en su versión neoliberal, generando modos de relación entre personas, hacia la naturaleza y hacia el trabajo que arrojan vidas que se sienten vacías, solitarias y desesperanzadas.

## ii. MIS LÍMITES Y POSIBILIDADES PARA ESTAR EN COMÚN

**Daniela**

El apoyo de mi mamá es fundamental para mí, pues gracias a ella yo puedo estar trabajando actualmente. No podría dejar a mi hijo con otra persona que no sea ella en estos momentos. Mi pareja, gracias a la flexibilidad que le permite su trabajo, también es un apoyo importante, pues yo sé que puedo contar con su disponibilidad en caso de cualquier imprevisto. Esta red de apoyo posibilita que yo pueda manejar mejor todas las cosas que tengo que hacer día a día, pero por sobre todo, me permite delegar algunas cosas a mi mamá y al papá de Diego y así disminuir la carga que implica la crianza de un hijo mientras se trabaja fuera del hogar.

La verdad es que antes, cuando no tenía a mi hijo, me gustaba salir un poco más, aunque siempre he sido más bien de casa. La primera vez que fui a una fiesta me cargó, había mucha gente y música que me impedía conversar. Actualmente me gusta estar en mi casa y el fin de semana salir a algún parque con mi pareja y mi hijo, o comer algo rico en la noche. No necesito nada más que eso, pues así me siento tranquila. En el jardín también converso con algunas compañeras y hay muy buena relación. Tengo una sola amiga, la cual se fue a vivir al sur y sólo hablamos por redes sociales. Ella fue mamá hace poquito entonces yo la oriento con algunos temas, como yo ya pasé por eso. La verdad es que no me resulta interesante tener más amistades o hacer algo diferente a lo que hago.

### **Rocío**

Con mi madre y con mi hermano seguimos en contacto de manera frecuente, y también con mis abuelas y tías, que viven en Maipú. Esos son los principales espacios que frecuento aparte del jardín infantil. A pesar de ya no vivir en la casa de mi madre, sigo acompañando a Martín en su proceso educativo, y siempre estoy pendiente de recordarle a él sus tareas o compromisos. Ayer, por ejemplo, llegamos del jardín y preparé un bolso para ir donde mi madre, pues tenía que lavar ropa

prontamente y también tenía que buscar a Martín para llevarlo a la casa de mi abuela, en donde él iba a tener clases particulares. Yo siento que lo que mi madre hace por Amaral es una especie de “devuelta de manos” por todo lo que yo he hecho por Martín desde que él era pequeño. Prácticamente soy una segunda mamá para él.

Antes de mi embarazo jugaba a la pelota con otras mujeres del barrio. Es un equipo que armamos de a poco, y nos gusta mucho. Lo tuve que pausar por el embarazo y también por la pandemia, pero ahora que ya las cosas están un poco más tranquilas estoy retomando esa práctica, siempre con la precaución de quién cuidará a Amaral, y para eso mis principales apoyos son Carlos, mi mamá o mi prima. Esta es una de las pocas cosas que hago sin mi hija y, aun así, hay veces que ella va conmigo. No es algo que me moleste, pero es verdad que cuando ella está ahí mi cabeza no está igual de enfocada en el partido, por ejemplo.

Otra persona significativa en mi vida es Scarlett, madrina de Amaral, quien también trabaja en sala cuna en el jardín infantil. Siempre planificamos reunirnos en su casa, hacer algo diferente a lo que hacemos siempre, pero cuando ya está todo listo justo sucede algo con Amaral que imposibilita el encuentro. Estamos pensando en organizar nuestra junta sin que Amaral se entere, para asegurarnos de que funcione.

Mi experiencia trabajando en jardín infantil ha sido buena, han sido un gran apoyo para mí. Tanto en relación con mis inicios, cuando tenía que llevar a Martín conmigo, momento en el que siempre lo acogieron como uno más y me dieron todas las facilidades frente a ciertos imprevistos, como ahora con Amaral, en donde siento la compañía y colaboración de todo el equipo. Además, allí encontré a una gran amiga, y madrina de mi hija, lo cual refleja que ese espacio, a pesar de ser en primer lugar mi fuente de trabajo, también es un espacio que posibilita contención y amistad.

## **Sandra**

Antes de la pandemia, con mi marido salíamos frecuentemente a tomar algo o pasar la noche en otro lugar. Nos dábamos ese tiempo para nosotros, para ser pareja. Ahora, la verdad es que no logro encontrar energía y ánimo para ello. Llegadas las ocho de la noche me ducho, me pongo pijama y me acuesto, y desde ahí no me entero de nada hasta el otro día. Si pienso en alguien a quien he dejado de lado este último tiempo es a él, pues respecto a nuestros hijos de vez en cuando intentamos hacer algo divertido o novedoso. Nosotros somos quienes estamos en deuda.

En el jardín infantil tenemos muy buena relación con el equipo, con muchas de ellas tenemos amistad que trasciende a otros espacios, pues nos juntamos en alguna casa o salimos a algún lugar. Ellas han sido un apoyo para mí en brindarme contención y apoyo cuando estoy atravesando momentos complejos. La directora, por su parte, si bien me presta apoyo cuando lo necesito, no tiene buena relación con nosotras. Ella es un factor que no favorece la unión entre nosotras como equipo. Su postura es que las técnicas y las educadoras cumplen funciones diferentes y que cada una debe estar “donde pertenece”. Nuestra amistad es más bien puertas afuera del jardín. Mi neurólogo me dijo el otro día, que para ser jefe hay que ser mala persona, y si es así entonces prefiero seguir siendo educadora para siempre.

A pesar de la amistad que hay entre nosotras, no podría decir que tengo alguna amiga a quien le comparto todo de mí, mis sentimientos más profundos y pensamientos que se me vienen a la cabeza. Ni dentro del jardín ni fuera de él. Tuve en mi juventud un gran amigo, quien sí podría ser algo así como de mucha cercanía, pero él falleció hace unos años. Con mi hermana mayor somos muy cercanas y esa relación me brinda contención y el espacio para conversar, pero debido a la pandemia nos alejamos, pues sus hijos la sobreprotegen mucho y no nos hemos podido

ver. Y así, la verdad es que no sé por qué no tengo una amiga de ese tipo, quizás no he tenido buenas experiencias ni tampoco he visto buenas experiencias a mi alrededor. Podría ser que mi marido cumpla ese rol de contención, pues a él sí le puedo compartir todo lo que me pasa. Como decimos es mi amigo, amante y esposo.

### **Carolina**

Quien era mi “partner”, mi compañera acá en el jardín infantil es una de las que se fue, pero nos mantenemos en contacto a través del celular principalmente. No nos podemos ver tanto como me gustaría, pues las tareas domésticas y el tener que llegar temprano a mi hogar son factores que complejizan el juntarnos presencialmente. Además, es innegable que mis niveles de cansancio ya no me permiten mantener la vida social como la tenía anteriormente, sumado a que cada vez tengo mayores responsabilidades en relación con el cuidado de mi madre, y todo eso hace que una vaya cambiando, que los intereses y prioridades ya no sean los mismos.

Pero, pensándolo bien, creo que me encuentro inmersa en una dinámica de costumbre. Costumbre de no salir con amigas, costumbre de venirme siempre para mi casa después de trabajar, costumbre de pensar que tengo que, sí o sí, estar disponible para mi madre.

### **Antonia**

La directora anterior significaba un gran estrés para mí, pues no tenía un buen trato hacia nosotras. Se me empezó a volver muy complejo ir al jardín, pues me ponía nerviosa tener que exponerme a las situaciones que ella generaba. Por el contrario, el resto del equipo es acogedor y significativo. Prácticamente es el mismo equipo que se ha mantenido desde siempre en el jardín, y además la mayoría vivimos en lugares cercanos, por lo que se ha construido una relación cálida. Nos

comunicamos por teléfono, por whatsapp, tenemos una relación muy fluida y cercana. Con una de ellas, incluso, nos visitamos frecuentemente pues es la pareja de mi cuñado.

### **Lo común**

Las Formaciones Contextuales Comunitarias (FC) surgen por la necesidad de repensar el concepto desde la óptica tradicional, superando la idea de comunidad “plena o añorada”, la que Martínez llama la *comunidad perdida* (2006) para relevar la gran complejidad y diversidad de espacios que podrían leerse como “comunitarios” y que son parte de la cotidianidad.

La FC es un espacio, un contexto que produce acontecimientos, se instala en un territorio, en un tiempo e implica una ordenación específica de objetos y personas. Propone marcos interaccionales, es marco conversacional, es entramado afectivo y emocional, y es molde perceptivo y conductual. Una FC puede ser, por ejemplo, un bautizo, una feria, un partido de fútbol. Según el autor, se constituye una FC cuando:

“un sistema humano en interacción se instala en un espacio transformándolo en territorio, desarrolla procesos emocionales, afectivos y motivacionales; establece dispositivos funcionales para su reproducción y genera discursos que conforman estructuras de significación y de sentido (contextos) para sus participantes”. (p.49)

En este sentido, la comunidad es comprendida como una Formación Contextual (Martínez, 2006). Para caracterizarlas, se presentarán los criterios descritos por el autor, a modo de presentar una terminología común que oriente el posterior análisis. Estos corresponden a: i) conexión con el territorio; ii) de tipo urbano o rural; iii) sentido psicológico de comunidad; iv) nivel de homogeneidad interna; v) tipo de integración social; vi) identidad; vii) visibilidad; viii) composición interna; ix) temporalidad; x) presencia o ausencia de una

historia común; xi) conexión con una matriz institucional y xii) tamaño. Estos criterios pueden estar presentes con amplias variaciones según la FC que se observe.

Las FC que se generan en el ámbito institucional, según el autor, como por ejemplo lo que sucede al interior de los jardines infantiles, constituyen comunidades humanas más estructuradas, jerarquizadas e instrumentalizadas para la obtención de fines específicos, y las relaciones que de allí emergen son más frías, formales y preprogramadas (Martínez, 2006).

Para Krausse (1999) lo comunitario son todas aquellas acciones que se realicen en el espacio de lo “común”, y que dan posibilidad a la comunidad. Específicamente: i) Acciones transversalizadas por un sentido de *pertenencia*, es decir, sentirse identificada con una colectividad, parte de ella o perteneciente a ella.; ii) Acciones que involucran interrelación, comprendida como el contacto o comunicación (físico o virtual) entre sujetas/os. Lo que Bessant (2014) define como una praxis dialógica y iii) Existencia de una cultura común, expresada en significados compartidos por la colectividad.

Para Paredes (2010), el feminismo comunitario concibe cinco dimensiones fundamentales para proyectar el retorno a una comunidad contra hegemónica. El cuerpo, el espacio, el tiempo, la memoria y el movimiento se desarrollan, reflexionan y articulan entre sí, para criticar, desde una vereda política activista, a todo lo que merme la dignidad de las mujeres en su comunidad. En esta investigación se recogerán las dimensiones de tiempo y espacio, por ser aquellas las coordenadas que, de manera protagónica, operan en el fenómeno de la doble presencia.

Cuando se propone hablar de “tejido comunitario”, se piensa entonces en las posibilidades de desenvolverse en Formaciones Contextuales, es decir, en contextos que impliquen la interacción de personas, en donde se desarrollen procesos subjetivos de afecto y motivación, con significados y sentidos propios, y se genere una estructura que posibilite su reproducción (Martínez, 2006) o, según Krausse, en contextos en los que existan acciones de pertenencia, praxis dialógica y cultura en común (1999).

### **Tiempo y espacio: coordenadas de lo común**

Rodríguez (2008) recogiendo los planteamientos de Tonnies, propone que comunidad es “compartir vida o destino, o lo que es lo mismo, ser parte de un espacio y un tiempo (presente y futuro) percibido como común” (p.92). Esta definición plantea dos elementos de gran aporte: el valor de tener algo en común, de compartir un camino y, en segundo lugar, que las coordenadas de ese camino sean el espacio y el tiempo, coincidentemente, las mismas de la doble presencia. De esa manera, se puede desprender que, si tanto la doble presencia como el *estar en común* se despliegan en el cruce del tiempo y el espacio, pueden influirse y condicionarse mutuamente.

### **Tiempo**

El tiempo es considerado una “condición para la vida” (p.56) e implica, según Paredes (2010), compartir el trabajo doméstico, monetizar y valorar económicamente el trabajo doméstico, tiempo para la participación política, para estudiar, para la salud, para la maternidad y para el descanso. Esta variable es tan relevante, pues las posibilidades de que estas mujeres se involucren en Formaciones Contextuales, así como sus características, va a depender en buena medida de la disponibilidad de tiempo que posean.

La carga laboral que relatan las entrevistadas devela que el tiempo de sus vidas se destina principalmente al trabajo doméstico -no monetizado-, a su trabajo en el jardín infantil y a las actividades familiares. Esto, lejos de ser algo negativo o positivo per sé, es un antecedente que habla de las *posibilidades* para experimentar o desenvolverse en otros espacios.

### **Tiempo para la salud**

El tiempo para salud es un elemento que ha quedado expuesto de manera visible a lo largo de los textos. Para todas las entrevistadas, exceptuando Daniela, la salud mental es una dimensión que se ve fuertemente resquebrajada por los costes de la doble presencia en la vida cotidiana. Y así, tanto por malestares físicos, emocionales, flexibilización y precarización de la jornada laboral, pandemia, escasa redistribución del cuidado al interior de los hogares, el tiempo “restante” dentro de todo lo que deben realizar cotidianamente es



destinado principalmente para el descanso. Así lo refiere Carolina, al apuntar que el gran cansancio que experimenta día a día, además de su sentimiento de responsabilidad con su madre, la aleja de espacios de encuentro con otras personas.

Para Sandra, Carolina y Daniela, el ritmo laboral que experimentan en el jardín infantil es arduo. La gran cantidad de labores administrativas, solicitudes emergentes, plazos acotados, generan que día a día se esté cumpliendo con las demandas laborales con una sensación de constante atraso. La precarización y flexibilidad de las labores asalariadas han sido la forma en la que se ha reestructurado el capitalismo en América Latina (Anigstein, 2020), y la rama de la educación ha sufrido los embates de ello de forma aguda. Si bien, como refiere Daniela, las educadoras (y no las técnicos) cuentan con un horario establecido dentro de su jornada para cumplir con sus labores administrativas, todo indica que pareciera ser insuficiente.

Esta gran carga laboral, con una política interna que pareciera no dar abasto para las demandas que constantemente emergen, es un factor relevante que impacta en la salud mental de las trabajadoras. Ya lo mencionaba Carolina, al relatar estos momentos de cortocircuito que experimenta en los peak de estrés cuando se encuentra atrasada con todas las solicitudes que van llegando desde JUNJI. Este aspecto, en suma con las múltiples demandas cotidianas, ha llevado a varias de ellas a tener licencia médica, cuestión que impacta en múltiples dimensiones. Según Carolina, el experimentar estos niveles de agotamiento a causa de su trabajo, junto con el incremento de responsabilidades que implica el cuidado de su madre, se configuran como un limitante para proyectarse en instancias de encuentro con otras personas que se inscriban fuera del ambiente familiar o laboral.

Para Sandra, el ritmo laboral es un factor que en momentos la hace sentirse arrepentida de haber dejado de ser técnico para convertirse en educadora, sin embargo, refiere rápidamente que a pesar de ello no dejaría su trabajo por nada. Una observación más o menos sensata podría ser que trabajar en educación inicial (así como también en otro eslabón educativo) implica destinar horarios extra a sus funciones (por la gran cantidad de trabajo trasladado al hogar) y, en consecuencia, la exigencia de estar disponible más allá de los límites de la jornada laboral. Moreno et al. (2010), que son quienes proponen este análisis sobre lo que

involucra la flexibilización precarizadora de la jornada de trabajo, dicen que es en este contexto que las personas “pierden el control de los tiempos (de trabajo asalariado, de trabajo doméstico familiar, de actividades cívicas y ocio) y ven reducido el valor de su trabajo” (p.2).

También se observa claramente cómo el tiempo para la salud se encuentra reducido, por ejemplo al observar lo que relata Sandra, sobre que aun encontrándose con licencia médica se mantuvo realizando trabajo administrativo, contestando llamadas y correos y comunicándose con los apoderados.

### **Tiempo para la maternidad**

Daniela, Sandra, Rocío y Antonia son las entrevistadas que tienen hijos e hijas. Se considera que lo que sucede con el tiempo para la maternidad es contradictorio y urgente de tensionar, pues ya se ha venido desarrollando cómo, la misma sociedad que estimula a las mujeres a insertarse en el mercado laboral, lo hace sin modificar en absoluto las expectativas de maternidad que recaen sobre ellas. Es decir, se continúa esperando que estas mujeres cuiden a sus hijos e hijas de la manera que lo han venido haciendo tradicionalmente, aun cuando el escenario actual implica la pérdida de soportes sociales, de redes de colectivización del cuidado, precarización de la vida por los altos costes de esta, los que no se condicen con las complejas condiciones laborales que priman, junto con el escaso protagonismo del Estado en estas materias. El tiempo para la maternidad, en este sentido, es un tiempo que se exige socialmente. Y a la vez es cuestionado y juzgado por la sociedad. Para Daniela, la necesidad de proyectar el tiempo que pasa con su hijo, al llegar a su casa posterior al trabajo, como un tiempo de “calidad”, se vincula con la culpa que siente por haber vivido una infancia en la que su madre no estaba presente en el hogar, lo que le hace pensar que ella podría estar haciéndole lo mismo a su hijo. Es así, que la maternidad se encuentra permeada por un sentimiento de culpa y de elevadas exigencias hacia la madre.

Por otra parte, el feminismo comunitario también propone la reflexión de la existencia de dos tiempos diferentes que se observan en la realidad concreta de los cuerpos: uno es para los hombres, pues ellos son privilegiados con el tiempo importante, y otro es para las

mujeres, que viven un tiempo no importante y que es succionado por el de los hombres. En este tiempo “no importante”, sin embargo, suceden las actividades más relevantes para la subsistencia de hombres y mujeres y la sostenibilidad de sus vidas. Según Antonia, el permanecer todo el día en casa al cuidado de sus hijos, le permite poder descansar unos minutos, lo cual justifica que su esposo llegue al hogar luego de su jornada, y tenga un extenso tiempo de descanso, ayudándola “sólo un poquito” en algunas ocasiones. Se observa que esta es una consecuencia de la mayor valoración del trabajo y, en definitiva, del tiempo del hombre.

### **Tiempo para la participación**

Tener este tiempo es posible, en mujeres que cuidan, en tanto existen redes de apoyo que colaboren en la provisión del cuidado, pues significa el dejar el rol de cuidadoras por un momento y ocupar otros roles, otros espacios. Tanto para Rocío como para Angélica, es alguna persona de la familia quien se hace cargo del cuidado de sus hijos/as en estos momentos.

Para estas mujeres, con distintos matices entre ellas pero con un patrón observado a modo general, no se visualiza como dimensión protagónica y con una relevancia considerable el encuentro con otras y otros en una práctica dialógica y común. Exceptuando a Angélica, quien sí manifiesta la necesidad de darse momentos para ella y para compartir con sus amigas. Al preguntarles por esta área, sus aprensiones y anhelos, las tomaba de sorpresa y no les parecía necesario detenerse allí mucho más. Al ser tensionadas por la necesidad o deseo de realizar cosas distintas a las que hacen en el espacio familiar y laboral y a tener soportes materiales y afectivos fuera de estos espacios, ellas referían que no era algo relevante en su cotidiano. Carolina, por su parte, en una retroalimentación que realizó a la textualización presentada, refirió que la conversación le permitió reflexionar sobre este punto, comentando que ella ya se sentía acostumbrada a que por estar al cuidado de su madre y padre, y con la gran carga laboral que tiene, no experimentaba momentos fuera de sus espacios laborales.

Contar con poco tiempo disponible, por lo tanto, es un factor que agrieta una de las coordenadas principales de la comunidad, por lo que se agrieta también la posibilidad de emergencia de un *nosotros*.

## **Espacio**

Pero el espacio también es una dimensión clave, y así mismo para el feminismo comunitario. Si bien las feministas comunitarias de Bolivia, a partir de las cuales se configuran estas reflexiones, complejizan y desarrollan la dimensión espacio a partir de su propia cultura y cosmovisión de la vida en el marco de la lucha por el Buen Vivir, existen algunos elementos que hacen perfecto sentido al pensar en nuestro contexto local.

### **Espacio de la calle**

El espacio se comprende como un “campo vital para que el cuerpo se desarrolle” (p.53). Este espacio, que es el que permite que la vida se mueva, implica lo tangible y lo intangible. La casa y el espacio dentro de ella, la tierra, las calles, los recursos naturales, espacio de tranquilidad, político, de recreación, por mencionar algunos. Emerge en los relatos de Daniela y Carolina un deseo -que no es azaroso- de proyectar su tiempo de descanso del fin de semana en lugares alejados a su lugar de residencia. Lugares que tengan naturaleza, silencio y calma son considerados como espacios que entregan bienestar y que permiten reparar parte del desgaste diario. La ciudad, con el crecimiento urbano que ha experimentado y las complejidades que genera en la gestión cotidiana, puede tornarse un espacio hostil para la vida en comunidad, pues perdió amabilidad y lugares que sean apropiables por las personas. Rocío, por ejemplo, reside en una de las míticas torres de Estación Central, las cuales tienen una elevada densidad de población. Además, ya que su pareja trabaja como tatuador en su mismo hogar, los espacios ocupados el fin de semana son, tal como ella relata, el dormitorio y la lavandería del edificio. Se observa que los espacios transitados por estas mujeres son comúnmente similares, y que se podrían sintetizar en la búsqueda de descanso o esparcimiento, el jardín infantil y el hogar.

Antonia, por su parte, relata que la gran distancia recorrida entre su casa y su trabajo se torna compleja pues implica un gran gasto económico de movilización. Angélica refiere cómo el trabajar cerca de su lugar de residencia le permite, en ocasiones, tener momentos de relajación y calma en el trayecto, al contrario de Sandra, a quien el vivir cerca del jardín le impide desconectarse de sus funciones fuera del horario laboral.

### **Espacio productivo**

Se observa que el jardín infantil, en tanto Formación Contextual, es un espacio que posibilita el cruce de los tres elementos considerados para operacionalizar la noción de tejido comunitario según Krause, 1999, que corresponden a acciones orientadas por un sentido de pertenencia, interrelación y una cultura común. Se observa que las entrevistadas han ido configurando, a lo largo de los años que llevan en la institución, una identidad e historias comunes dentro del espacio -elementos que forma parte de la FC- que las hace sentir parte de él. Angélica, por ejemplo, refiere que se “ha hecho su lugar” en el jardín infantil, pudiendo sortear ciertas asperezas que produjo su extrovertida personalidad cuando recién llegó. Ahora, señala, se siente cómoda y tranquila para ser quién ella es, en un espacio en donde ya la conocen y comprenden. Rocío, por su parte, cuenta cómo el equipo educativo la ha apoyado en la crianza de su hija, cuestión que la ayuda a sentirse más tranquila dentro de todas las angustias que experimenta una madre primeriza en pandemia. Daniela, quien lleva menos tiempo en JUNJI, precisamente es quien menos refiere este sentido de comunidad respecto del jardín infantil, lo que da cuenta del carácter relacional y subjetivo de esta dimensión.

Siguiendo lo anterior, se observa un sentido psicológico de comunidad intenso, el cual corresponde a un constructo multidimensional, que se relaciona con la pertenencia y la percepción de interdependencia con otros y otras. Es interesante pues se ha encontrado evidencia que da cuenta de que el sentido de comunidad opera como una variable predictora del bienestar social y subjetivo (Albanesi, Cicognani & Zani, 2007, Vega, Pereira, 2012 en Cueto et.al, 2016).

Se aprecia claramente cómo están presente las acciones que buscan la interrelación, o dicho de otro modo, la praxis dialógica inherente al encuentro en común (Bessant, 2014), que ha

permitido la construcción de importantes lazos afectivos y de soporte entre algunas de las mujeres que componen el jardín, los cuales trascienden a otros espacios. Se observa esta interrelación, por ejemplo, en el soporte que Sandra refiere tener de sus compañeras, en los momentos que atraviesa complejidades de salud, o bien cuando Rocío comenta de este vínculo que tiene con la madrina de su hija. Esta praxis dialógica, motivada fundamentalmente por el componente afectivo, se considera como una dimensión potente que articula las relaciones al interior del jardín infantil.

La presencia de una cultura común, expresada por significados compartidos entre estas mujeres, se configura al ser parte de una misma institución con las características como las que tiene JUNJI, lo que puede ser comprendido como la conexión que tienen con una matriz institucional específica, pues se posiciona con elementos potentes que permean a la subjetividad de quienes allí trabajan. Por otra parte, se observan significados comunes que emergen desde la vocación que estas mujeres refieren respecto de su rol dentro de la educación inicial, en torno al sentido maternal, amor y protección para el cuidado de los niños y niñas.

Según las palabras de Antonia (en otros fragmentos del relato) se observa que esta FC presenta un nivel de homogeneidad bajo, dado por la diferencia que existe -en distintos planos- entre educadoras y técnicos. Esta diferencia pareciera ser más bien institucional y cultural, en relación con los roles que cumple cada funcionaria, así como la valoración social existente para cada rubro. Según Sandra, la directora de su jardín reforzaba esta diferencia, generando divisiones a la interna del equipo educativo. La composición de la FC es simple, pues está dada por mujeres únicamente (en ningún jardín hay presencia de hombres desempeñándose allí).

Si bien se observa que el jardín infantil es una FC significativa, existen algunos elementos que dan cuenta de las fragilidades que puede experimentar. Daniela releva una arista interesante para pensar en las limitaciones para encontrarse en común en relación con el espacio de la producción, y corresponde a la falta de oportunidades de encuentro internos posibilitados desde la política institucional de JUNJI, cuestión que se ha notado más aún en el contexto de pandemia y a propósito de las restricciones en los aforos de alimentación,

momento en el que habitualmente compartían entre todas. De esta manera el jardín infantil, que para Daniela debería ser un espacio posibilitador de encuentros y participación, se acota únicamente al cumplimiento de las funciones y roles formales.

Otro factor que se enmarca en las condiciones del trabajo remunerado, y que impacta en los espacios de encuentro, es la existencia de dificultades a nivel de clima laboral. Tanto Antonia como Sandra describen la mala relación que presenta la directora de sus respectivos jardines, con el resto del equipo. Las situaciones que emergen a partir de esta mala gestión, en el caso del jardín de Sandra, generan una desagregación entre el equipo, pues la directora sostiene que el jardín no es un espacio para conformar vínculos afectivos, al tiempo en que educadoras y técnicos no deben generar lazos entre sí. Esto, sin considerar los efectos negativos en la salud mental de las trabajadoras, impactando de manera inevitable en la disposición que se tiene frente al trabajo y en las posibilidades de encuentro y contención que se posibiliten dentro del jardín. Para Antonia, por su parte, la mala relación con la directora anterior significó un gran estrés, pues experimentaba malestar al tener que enfrentarse a una nueva jornada laboral, cuestión que mejoró con la llegada de la nueva directora.

Las Formaciones Contextuales que emergen de una matriz institucional son, según Martínez, jerarquizadas, estructuradas y más frías (2006). Este elemento, se concluye, no logra dar cuenta de la gran complejidad de todos los procesos que se experimentan al interior del jardín infantil. A pesar de que efectivamente existe una organización estructurada y jerárquica, sustentada en la lógica verticalizada y centralizada de JUNJI, además de la experiencia de Sandra y Antonia, en donde la jerarquización deviene en tensiones conflictivas al interior de la institución, se considera que los relatos justamente enfatizan en la calidez y fraternidad que, con mayor ímpetu, se ha logrado conformar al interior de los equipos.

## **VI. CAPÍTULO 5: REFLEXIONES FINALES Y APERTURAS**

### **i. REFLEXIONES FINALES**

Esta investigación significó sumergirme en una dimensión llena de sentidos, explicaciones, comprensiones y constataciones que me permitieron observar con mayor claridad algunas cuestiones que están sucediendo en la vida de las mujeres que configuran su experiencia desde cimientos patriarcales y neoliberales. Pero estas cuestiones no son sólo algunos cuantos elementos interesantes a considerar, sino que hablan sobre los modos en los que se sostiene la vida misma, desde las acciones más primitivas hasta las más complejas.

Algunas reflexiones que emanan desde el marco teórico de esta investigación, y que fueron constatadas a partir de los relatos, se relacionan con que, en primer lugar, no se encuentra instaurado el cuidado como un derecho universal a nivel de políticas públicas. Estas son sectoriales y compensatorias, acogiendo sólo a grupos específicos de la población con medidas principalmente económicas, que no dan abasto, cuestión que se evidencia por ejemplo con la política de postnatal. Se considera que esto no es aleatorio, sino que se arraiga, en primer lugar, en la naturaleza del Estado subsidiario que se configura dentro del escenario neoliberal, en donde se trazan los derechos de las personas y de la naturaleza, por el capital, generando así que el fin último sea la producción de riqueza. En este sentido, impulsar políticas estatales que se escapen de esa lógica, y releven el bienestar de la población a través de acciones integrales, intersectoriales, comunitarias, humanizantes, dignificantes, no tienen cabida.

Incorporar al cuidado como derecho que debe estar resguardado por el Estado, implica también un cambio de lo que se comprende por riqueza. Según Carrasco (2020), en una ponencia que realizó de manera virtual, para el capitalismo y para la economía tradicional, la riqueza es únicamente el dinero que se produce y que circula. Se desconocen otras riquezas y otros modos de producirla, por ejemplo, la que emerge desde el trabajo de cuidado al interior de los hogares. Las economías feministas vienen a subvertir esta lógica, poniendo de relieve que al cuidar se está produciendo una riqueza fundamental para el desarrollo de las sociedades.



Es gracias a este trabajo que se posibilitan las condiciones primordiales de subsistencia y de reproducción de la humanidad. Es decir, sin el trabajo de cuidados el capitalismo no dispondría de personas que ingresen al circuito de la producción, por lo cual se desmantelaría.

De esta manera, resulta potente observar que, si las mujeres, en tanto principales cuidadoras, dejan de cuidar, el sistema se remecería de manera importante. Para buena parte de los Estados, en sus alianzas con el sistema capitalista, ignorar este tema resulta más efectivo pues de lo contrario implicaría inversión monetaria y un cambio de gestión sustantivo sobre la forma en la que se comprende la sostenibilidad de la vida. Se considera que esto es relevante, pues en la medida que no cambie y las mujeres no vean retribuido el valor de su trabajo, no contarán con las condiciones de posibilidad necesarias como para tejerse en espacios dentro de su cotidiano.

Respecto a la educación parvularia, en Chile es visible la desvaloración existente respecto de las labores que aquí se cumplen, algo que se explica por la falta de relevancia que adquieren las labores de cuidados, junto con la desatención que experimentan las infancias. Mientras esto continúe así, y no se reivindique este trabajo como parte fundamental de la dinámica económica para poder externalizar el cuidado y que las madres puedan acceder al mercado laboral, así como también por el impacto que tiene la calidad en la provisión de cuidado y educación en los primeros años de vida, la crisis de los cuidados se continuará reproduciendo, pues no se desplegarán medidas para menguar las inequidades.

La inexistente concepción del cuidado como derecho universal también se arraiga, en segundo lugar, en la conveniencia, por parte del Estado, de que este siga siendo un asunto femenino y familiar. Tal como se ha expuesto a lo largo del escrito, lo anterior se debe a la estructura patriarcal que asienta los modos en los que se ha configurado la sociedad, y a la división sexual del trabajo que también se ha originado de esta y que asigna lugares específicos para hombres y mujeres dentro de la dinámica de trabajo. La feminización y familiarización de los cuidados implica, según como refiere, que sean las mujeres quienes continúen amortiguando la pobreza de la población, ocupando un rol que debería ser redistribuido entre distintos actores, y finalmente sacrificando sus propias trayectorias de vida. Las mujeres que han participado de este proceso han evidenciado cómo, ya sea desde

el amor o la culpa, el cuidar a otros y a otras, tanto en casa como en el trabajo, orienta y encuadra su quehacer cotidiano, pareciendo que ya existe un camino previamente definido para ellas, pues ni ellas mismas, ni la sociedad, esperan que dejen de cuidar como lo han venido haciendo.

### **Primer objetivo específico: formas de expresión de la DP en la vida cotidiana**

El fenómeno estudiado se expresa en la vida de estas mujeres con distintos matices, pero con ciertos elementos en común. En primer lugar, la DP genera malestar físico y mental, un gran agotamiento que afecta la disponibilidad de tiempo y bienestar como para pensar en involucrar en otras Formaciones Contextuales. Asimismo, la DP se expresa en el cotidiano transversalizando todos los espacios y momentos, dificultando el protagonismo de otros roles diferentes a los de mujer cuidadora.

También, la doble presencia se manifiesta con un acelerado interés en los espacios productivos, apropiándose de los momentos de descanso o autocuidado, generando sentimientos de culpa e incapacidad. El autocuidado, como práctica política, no está valorado socialmente. Y decidir no cuidar, o cuidar sin la devoción como la que la sociedad espera, es una postura juzgada y cuestionada.

### **Segundo objetivo específico: percepciones sobre las condiciones del hogar y empleo**

Un primer elemento interesante en relación con este objetivo es sobre el porqué estas mujeres decidieron hacer del cuidado y educación de niños y niñas parte protagónica de su cotidianidad. Si bien este aspecto no es una “condición” del empleo, sino más bien un aspecto que las llevó a desenvolverse en esa área, es importante pues va a configurar un elemento que incide en la agudización de la doble presencia, y es la necesidad de “darlo todo” por los niños y niñas del jardín, pues están proyectando una vocación asentada en el sentido maternal.

Esta elección, para algunas de ellas, está relacionada con un deseo un tanto primitivo de proveer cuidado y protección a niños y niñas pequeños, que empezaron a reconocer a temprana edad. Antonia, Carolina, Angélica y Sandra refieren que “siempre supieron” que querían desempeñarse en esta área, cuestión que se fue configurando a partir de buenas y

malas experiencias educativas que tuvieron en su propia formación, lo que fue generando este sentimiento de querer brindar protección, contención y amor a quienes lo necesitan. Se considera que la alta feminización de esta rama laboral, con casi un 100% de población femenina desempeñándose en ella, es un reflejo del modo en que se ha naturalizado que la atención y educación a la primera infancia es terreno de las mujeres, pues se asocia, en el sentido común, al mismo trabajo que realizan en el hogar. Toda la información que reciben niños y niñas en sus primeros años de vida, a partir de las normas socioculturales, patrones de relación, diferenciación por género, diálogos y transferencias, generan que configuren a temprana edad una subjetividad que responde a estos cánones.

En esta línea, también es relevante apuntar cómo la vocación en estas mujeres, particularmente en Daniela, Sandra y Angélica, se explica desde el relato del amor por los niños y niñas, y por el sentido maternal que inunda el quehacer diario. A pesar de que esta asociación parezca esperable u obvia, no lo es, pues responde a normas socioculturales. Se considera que el desempeñarse laboralmente en un espacio que se proyecta desde el amor y sentido maternal puede generar una difuminación en los límites que debe tener el trabajo remunerado.

Otro factor del empleo que puede incidir en agudizar el fenómeno de la DP, y que se ve influido también por lo que se desarrolló en las líneas anteriores, es el soportar de manera recurrente un nivel de sobrecarga importante, ignorar los descansos que implica la licencia médica para continuar realizando funciones laborales, sobreponerse a un clima laboral complejo a partir de situaciones de mal trato al interior del jardín, todas cuestiones que impactan negativamente en la salud mental, podría tener que ver con este compromiso incondicional que parecieran tener con quienes cuidan y educan, al igual que -en palabras de Daniela- como lo hacen con sus propios hijos.

Además, también se considera relevante constatar que el vivir en una ciudad altamente urbanizada, con las grandes distancias y trayectos que hay que recorrer para ir de un punto a otro, en condiciones muchas veces hostiles, también impacta en las esferas del tiempo, lo económico y la salud mental y física, siendo un factor que agudiza el fenómeno estudiado.

La doble presencia, en tanto expresión contemporánea de la división sexual del trabajo, para estas mujeres se configura en este escenario: por un lado, se desempeñan en el nivel

educativo con las más complejas condiciones laborales de todo el sistema, cuestión que impacta en las remuneraciones y en la capacidad de acceder a servicios que mejoren la calidad de vida y el bienestar. Además, son las principales cuidadoras de personas dependientes de cuidado, ya sea hijos/as, padres o madres. Luego, como se mencionó en el párrafo anterior, están motivadas por una vocación importante relacionada con amor y maternidad en relación con su quehacer en el jardín infantil. Por otra parte, la mayoría relata experiencias de fragilidad en cuanto a su salud mental, siendo una de las principales causas la gran sobrecarga de demandas laborales. Todas estas aristas, y sin duda que otras tantas más, configuran una vida cotidiana agitada, atareada y agotadora que finalmente impacta en la posibilidad que tienen de involucrarse en otros contextos de Formación Comunitaria.

### **Tercer objetivo específico: Percepciones sobre posibilidades y limitaciones en la construcción de Tejido Comunitario**

Nos adentramos a la pregunta sobre la cabida que tiene lo comunitario. Los relatos de Antonia, Sandra, Carolina, Angélica y Daniela nos muestran que las acciones orientadas a la búsqueda de ese encuentro en común fuera del espacio laboral y del hogar, son escasas.

La realidad, que además adquiere características particulares en medio de una pandemia global, es que la participación social de estas mujeres se ve impactada significativamente por la doble presencia. Los relatos dan cuenta de que la participación social se limita principalmente a salidas con familiares del mismo grupo nuclear y, en menor medida, a algún encuentro con familiares externos al hogar.

El caso de Rocío tiene un matiz diferente, pues ella forma parte de un club de fútbol de mujeres desde hace años, considerándose como una Formación Comunitaria, sin embargo, las posibilidades de que Rocío continúe siendo parte de esta comunidad dependen exclusivamente de que otro actor coopere en cuidado de la niña. De esta manera, probablemente la participación en esta FC sea un espacio más fácilmente transable frente a las demandas de cuidados, relevando lo vulnerable de su mantención y reproducción. Además, se releva cómo las condiciones de posibilidad de este espacio van de la mano con la colectivización del cuidado, por lo que las apuestas políticas sobre *lo común* no deberían

hacerse sin considerar como arista primordial la transformación profunda en la organización social del cuidado actual.

El apartado anterior expuso cómo el jardín infantil es, en la vida de estas mujeres, un espacio de FC significativo, con vínculos fuertes y afectivos, historia en común, sentido de pertenencia. Pareciera ser que el contexto actual hace que estos espacios institucionales, los que Martínez (2006) refiere como “agregados comunitarios” sean de gran relevancia en la vida de las personas, pues se destina la mayor parte del día a la presencia en ellos. El mismo autor señala que la relevancia de este tipo de comunidades, las que emergen de matrices institucionales es Sandra en el contexto actual, por sobre las comunidades de vida tradicionales, es decir, por sobre ese “ideal” de comunidad clásico en donde las personas se reúnen en los pueblos, en las plazas, en las juntas de vecinos, entre otras.

Lo complejo de esta FC radica en que, al conformarse al interior de una institución, se asienta en cimientos que pudiesen resquebrajarse fácilmente o, al menos, con una mayor probabilidad de estar expuesta a factores -tanto extrínsecos como intrínsecos- que fragilicen el tejido conformado.

Un primer factor radica en las posibilidades de articulación y encuentro que se posibiliten desde la política interna de JUNJI, así como también la reformulación de las demandas administrativas que generan sobrecarga. Esto es fundamental, pues los relatos ilustran cierta insuficiencia en la búsqueda de conformación de equipos fuertes, articulados y autocuidados, lo que se acrecienta aún más en el contexto de pandemia. Además, está claro cómo las constantes solicitudes emergentes, principalmente para las educadoras, impactan negativamente en la salud mental y en la disposición para tener tiempo para encontrarse con las pares.

Otro elemento relevante es la gestión interna de las instituciones, principalmente la llevada a cabo por cada directora. Se observa que la presencia de un mal liderazgo con su consecuente impacto en la salud mental genera divisiones al interior de los equipos, fragmenta lazos y puede desanimar la lógica de los afectos y fraternidad. Esto apunta a una problemática mayor, sobre por qué las personas que llegan a cargos de dirección impulsan acciones y nociones que boicotean las posibilidades de intercambio genuino entre el equipo,

así como también qué sucede con la fiscalización del cumplimiento de un adecuado clima laboral.

Los costes de la doble presencia en la salud mental también son considerados como un factor que fragiliza a esta Formación Comunitaria, tanto a un nivel práctico, relacionado con las licencias médicas que estas mujeres deben tomarse, cuestión que las aleja del espacio y de las personas que lo componen, como también a un nivel subjetivo, pues se constituye como un factor de riesgo para el bienestar social.

Finalmente, la escasa disponibilidad de tiempo en la vida cotidiana va a limitar que esta FC pueda adquirir un ritmo propio fuera de la matriz institucional de JUNJI, y en ese sentido, se considera, limita su reproducción autónoma.

Los relatos han permitido constatar que efectivamente está operando de manera potente el “Estar sobre sí mismas” y no sólo eso, sino que en estas mujeres que experimentan doble presencia el “estar para los demás”, fenómenos que emergen desde la modernidad compulsiva y desde las estructuras patriarcales que la asientan. Es por esto, que se considera urgente replantear los esfuerzos que tanto a nivel de activismo, intervenciones sociales y políticas públicas se realizan en la búsqueda de retornar a un ideal de comunidad que a mucha gente está lejos de hacerles sentido. Estas mujeres no tienen interés en asociarse en alguna agrupación vecinal o en agruparse a una colectividad de acuerdo a sus motivaciones, por mencionar ejemplos sobre lo que clásicamente podría pensarse por comunidad. Estas mujeres están sobre sí mismas y para otros, y únicamente haciendo caso a esa realidad, comprendiéndola y validándola, se podrán pensar en otras formas de transformación.

Cuando Canales (2007) o Bengoa (2018) proponen que el desafío -al pensar lo comunitario- está en proyectar comunidades para autónomas, o bien cómo hacer dialogar la necesidad de identidad en un contexto de modernidad, se resuelve, a partir de esta investigación, que es necesario reposicionar los ambientes institucionales no tan sólo como “agregados comunitarios” (según Martínez, 2006), sino que como verdaderas Formaciones Comunitarias que se constituyen como espacios significativos para quienes la componen.

En este sentido, es un desafío para las instituciones, para las intervenciones sociales, para las políticas públicas, comprender el papel que juega el lugar de trabajo en la apertura de

espacios de comunidad, cooperativismo y apoyo mutuo, y resolver de la manera más correcta qué acciones desplegar para defender estas cualidades e intencionar que existan las condiciones de posibilidad para su reproducción funcional dentro del sistema.

Finalmente, y en relación con el objetivo general propuesto para esta investigación, se considera que la relación que el fenómeno de la doble presencia tiene con las posibilidades de experimentarse en Formaciones Contextuales Comunitarias es estrecha, solapa y circular. Las mujeres que han sido parte de la investigación permiten ver cómo este no-experimentarse en otros espacios puede incidir en la reproducción de la autonomización de sí mismas, lo que a su vez retroalimenta a la doble presencia, pues agudiza sus efectos en el cotidiano e impacta en el bienestar.

## ii. APERTURAS SOBRE LAS PRODUCCIONES NARRATIVAS

Como toda apuesta que pretenda tensionar los modos tradicionales y dominantes, este proceso no estuvo libre de complejidades, aciertos y desafíos. Las PN, en tanto propuesta feminista, es una metodología que no lleva mucho tiempo siendo utilizada dentro de las investigaciones académicas, por lo cual se vuelve un terreno fértil de exploración. Este aspecto genera, en lo concreto, que no exista un modo específico de llevar a cabo el proceso. Existen ciertas aproximaciones realizadas por Balash y Montenegro (2003) que entregan una suerte de hoja de ruta a seguir para trazar el camino de las producciones, así como también artículos y tesis que han utilizado esta metodología y que describen los pasos que se fueron recorriendo. Pero, en definitiva, el cómo se concrete esta apuesta es una decisión política, estratégica y metodológica de quien haga la investigación, así como también la disposición y continuidad de las participantes. El hecho de que no exista un modelo claro y definido a seguir, a diferencia de otro tipo de metodologías, es una posibilidad pero que en variados momentos generó la necesidad de detenerme a repensar qué es lo que estaba haciendo, volver a situarme en la pregunta de investigación, pero, por sobre todo, volver a posicionarme en aquellos lugares que me hacen sentido.

En otros momentos, esta falta de referentes en la materia generó la necesidad de profundizar en la búsqueda de investigadores académicos con mayor conocimiento al respecto, accediendo así a material que me permitió esclarecer el camino ya recorrido, y observar con mayor perspectiva y animosidad lo que quedaba por hacer. Asumí que esto era una apuesta, que debía darle paso a la creatividad y a la intuición, y a disfrutar el proceso, sin detenerme mucho más tiempo en la preocupación que genera el salirse de la tradición académica.

Además, y de manera muy relevante, fui comprendiendo y tensionando algunas cuestiones metodológicas que tal vez estaban obstaculizando el proceso según como lo había imaginado. Una de estas es el modo en el que las mujeres participantes llegaron inicialmente a incorporarse a este proceso. Dentro de los protocolos de JUNJI, al presentar un proyecto de investigación se deben enviar todos los antecedentes de este, junto con el consentimiento informado al área de Vinculación con el Medio. Esta área es quien contacta a los jardines seleccionados y les indica a sus respectivas directivas que pongan a disposición a las



trabajadoras que cumplan con los criterios de inclusión y exclusión. Las trabajadoras que participan de estos procesos investigativos no lo hacen de manera voluntaria a partir del interés en el tema de investigación que se les propone, sino que son asignadas. A muchas de ellas, al preguntarles, no les habían entregado información sobre el tema a investigar, ni mucho menos les habían puesto a disposición el manuscrito del proyecto de tesis enviado a la coordinación de VcM. Sólo una de ellas refirió haber leído este texto, por lo que tal vez fue la socialización desde las directoras lo que no se concretó.

A partir de la falta de voluntariedad e interés espontáneo en participar del proceso de producción de la tesis, se considera que las PN son una metodología que puede ser más fértil en tanto exista un vínculo de confianza previo con las participantes. Este vínculo, junto con el interés de las participantes en la temática, posibilitará mayor fluidez en la entrevista, así como también la retroalimentación de la primera textualización presentada. Esto último fue un momento complejo, pues la mayoría de las entrevistadas, al recibir la textualización inicial, respondieron que no querían realizarle ninguna modificación pues representaba de manera precisa lo conversado. Sandra, Carolina y Daniela, por su parte, hicieron acotaciones y modificaron el texto agregando y eliminando extractos, pero luego se volvió poco fluida la respuesta frente al texto final.

Otra apertura de las PN, desde esta experiencia, se relaciona con el constante ejercicio de reflexividad que se despliega, tanto en el momento de conversación, como en la elaboración de la textualización. El asumir que desde esta metodología la narrativa de la propia entrevistadora influye, de manera explícita, en la narrativa de las participantes, es una destreza que, a mi parecer, se va desarrollando y entrenando con la práctica. Dicho de otro modo, las PN posibilitan que tanto entrevistadora como entrevistada se cuestionen sus relatos, interpielen ciertas premisas y profundicen en ciertas temáticas. De esta manera, la narrativa pasa a ser una herramienta y un producto en sí misma. En la primera entrevista realizada, requirió bastante esmero de mi parte poder aproximarme a este modo de conversación, pues la tradición académica invita a una entrevista que es más oyente y orientadora que dialógica y co-producida. A medida que se iban desarrollando los próximos encuentros, y a partir de la reflexión y colectivización de lo que iba sintiendo, es que pude situarme mejor.

La experiencia desde las PN es un viaje reflexivo, que no puede ser vivido sin ser colectivizado, pues se vuelve muy complejo sortear todas las interrogantes, dudas e inseguridades que emergen del proceso. Sin embargo, al ir avanzando por este, al escuchar que para estas mujeres aquel encuentro de conversación fue significativo e incluso terapéutico, y al observar el producto final como una breve reseña, sentida, importante y defendida, de la vida cotidiana de estas mujeres, sin duda que tengo la certeza de que esta elección fue la correcta.

## VII. BIBLIOGRAFÍA

Alarcón, J., Castro, M., Frites, C., & Gajardo, C. (2015). Desafíos de la educación preescolar en Chile: Ampliar la cobertura, mejorar la calidad y evitar el acoplamiento. *Revista de Estudios Pedagógicos*, 41(2), 287-303, <https://doi.org/10.4067/S0718-07052015000200017>.

Anigstein, M.S. (2020). Trabajo femenino y doble presencia como condicionante de las estrategias alimentarias familiares y los estilos de vida en hogares de Santiago de Chile. *Cadernos de Saúde Pública*, 36(9), 1-11.

Arriagada, I. (2010). La crisis del cuidado en Chile. *Revista de Ciencias Sociales*, 27, 58-67.

Arriagada, I. (2013). Desigualdades en la familia: trabajo y cuidado en Chile. En Mora, C. (ed.) *Desigualdad en Chile: la continua relevancia del género*, 91-112. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Balash, M. & Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.

Bauman, Z. (2007). *Vida de Consumo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Batthyány (2020). *Miradas latinoamericanas a los cuidados*. 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México DF: Siglo XXI, 2020. Libro digital, PDF.

Batthyány (2021). Políticas del cuidado. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México DF: Casa Abierta al Tiempo. Libro digital PDF.

Beiras, A., Cantera, L. & Casasanta, A. (2017). La construcción de una metodología feminista cualitativa de enfoque narrativo-crítico. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 16(2), 54-65.

Bellei, C. (2015). El gran experimento: mercado y privatización de la educación chilena. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Bengoa, J. (2018). La comunidad perdida. Identidad y cultura: desafíos de la modernización en Chile. Santiago de Chile: Catalonia.

Bernasconi, O. (2011). Aproximación narrativa al estudio de los fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta sociológica*. 1(56), 9-36. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2011.56.28611>

Blanco, R. (2021). *Apuntes de clase*, Asignatura Políticas Educativas, Magíster Psicología, mención Psicología Comunitaria. Universidad de Chile.

Canales, M. (2007). El Enfoque Comunitario. El desafío de incorporar a la Comunidad en las Intervenciones Sociales de Víctor Martínez. *Interamerican Journal of Psychology* 2(41), 251-253.

Carrasco, C., Borderías, C. & Torns, T (2011). El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas. España: Los libros de la Catarata.

Carrasquer Oto, P. (2009). La doble presencia. El trabajo y el empleo femenino en las sociedades contemporáneas. Departamento de Sociología. Universidad Autónoma de Barcelona.

Carrasquer Oto, P. (2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados. Algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 91-113. [https://doi.org/10.5209/rev\\_CRLA.2013.v31.n1.41633](https://doi.org/10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41633)

Comisión Económica para América Latina y El Caribe, CEPAL (2018). Los cuidados en América Latina y El Caribe. Santiago de Chile.

Cubillos, S. & Monreal, A. (2019). La doble jornada de trabajo y el concepto de doble presencia. *Revista GPU*. 14(1), 17-27.

Cueto, R.M, Espinosa, A., Guillén, H. & Seminario, M. (2016). Sentido de Comunidad como fuente de bienestar en poblaciones socialmente vulnerables de Lima, Perú. *Psykhé*. (Santiago), 25(1), 1-18. <https://doi.org/10.7764/psykhe.25.1.814>

Díaz, J. (2020) Triple presencia femenina en torno a los trabajos: mujeres de sectores populares, participación política y sostenibilidad de la vida. *Revista Tempo e Argumento*, 12(29), 1-22.

Esquivel (2011). La economía del cuidado en América Latina: Poniendo a los ciudadanos en el centro de la agenda. Serie Atando Cabos, deshaciendo nudos. Disponible en: [http://www.americalatina genera.org/es/documentos/Atando\\_Cabos.pdf](http://www.americalatina genera.org/es/documentos/Atando_Cabos.pdf)

Ezquerro, S. (2010). La crisis de los cuidados: orígenes, falsas soluciones y posibles oportunidades. *Viento Sur*. 1(108), 37-43.

Faur, E. (2014). El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual. 1º ed. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Figuerola, J.G. & Flores, N. (2012). Prácticas de Cuidado y Modelos Emergentes en las Relaciones de Género. La experiencia de algunos varones mexicanos. *LaVentana*, 1(35), 7-57.

Flaquer, L., Pfau-Effinger, B. & Artiaga, A. (2014). El trabajo familiar de cuidado en el marco del estado de bienestar. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 32(1), 11-32.

Fraser, H. (2004). Doing Narrative Research: Analysing Personal Stories Line by Line. *Qualitative Social Work*, 3(2), 179-201.

Fraser, N. (2016): Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left review*, Segunda época 1 (100), 111-132. Disponible en web: <https://newleftreview.es/issues/100/articles/nancy-fraser-el-capital-y-los-cuidados.pdf>

García, N. & Montenegro, M. (2014). Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista: experiencias de investigación en torno al amor romántico. *Athenea Digital*. 14(4), 63-88.

Gutiérrez-Rodríguez, E. (2013). Trabajo doméstico-trabajo afectivo: sobre heteronormatividad y colonialidad del trabajo en el contexto de las políticas migratorias de la UE. *Revista de Estudios Sociales*. 1(45), 123-134.

Guzmán, N. & Triana, D. (2019). Julieta Paredes: hilando el feminismo comunitario. *Ciencia Política*, 14(28), 23-49.

Junta Nacional de Jardines Infantiles. (2021). Misión. Recuperado de <https://www.junji.gob.cl/mison/>

Instituto Nacional de Estadísticas (2015). Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo. Santiago de Chile.

Krause, M. (2001). Hacia una redefinición del concepto de comunidad. Cuatro ejes para un análisis crítico y una propuesta. *Revista de Psicología*. 10(2), 49-60.

Lamas, M. (2018). División del trabajo, igualdad de género y calidad de vida. En *Trabajo de Cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas*. ONU Mujeres.

Martín Palomo, M.T. (2008). Los cuidados y las mujeres en las familias. *Política y Sociedad*, 45(2), 29-47.

Martínez, V. (2006). El Enfoque Comunitario. El desafío de incorporar a la comunidad en las Intervenciones Sociales. Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Recuperado el 10 de diciembre del 2021, de

[https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/122235/martinez-ravanal\\_el-enfoque-comunitario.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/122235/martinez-ravanal_el-enfoque-comunitario.pdf?sequence=1&isAllowed=y)

Martínez-Guzman, A. & Montenegro, M. (2014). La producción de narrativas como herramienta de investigación y acción sobre el dispositivo de sexo/género: Construyendo nuevos relatos. *Quaderns de Psicologia*. 16.(1), 111-125.

Méndez-Ramírez, O. (2013). Neoliberalismo y equidad: la sociedad chilena analizada desde una perspectiva estudiantil. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*. 4(11), 3-25.

Ministerio de Desarrollo Social (2017). Encuesta CASEN. Santiago de Chile.

Ministerio de Salud (2017). Encuesta de Calidad de Vida y Salud (ENCAVI) 2015-2016. Santiago de Chile.

Montero, M. (1984). La Psicología Comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 16(3), 387-400.

Mora, C. (2013). Desigualdad en Chile: La continua relevancia del género. Editorial Universidad Alberto Hurtado: Santiago de Chile.

Moreno, N., Moncada, S., Llorens, C. & Carrasquer, P. (2010). Doble presencia, trabajo doméstico-familiar y asalariado: espacios sociales y tiempos. *Revista New Solutions*. 20(4) 1-16.

Musitu, G., Herrero, J., Cantera, L. & Montenegro, M. (2004). Introducción a la Psicología Comunitaria. Ediciones UOC: Barcelona, España.



Navarrete, M. (2021). Construyendo comunidad en el Chile Neoliberal: el proyecto político del CDS Estrella del Sur de Puente Alto. *Revista Chilena de Historia Social Popular*. 1(3), 58-82.

Nieves Rico, M. & Robles, C (2016). Políticas de cuidado en América Latina. Serie Asuntos de Género. N° 140.

OECD (2019). Panorama de la Educación 2019. Santiago de Chile. doi.org/10.1787/f8d7880d-en.

ONU Mujeres México (2018). El trabajo de cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas.

Otzen, T. & Manterola, C. (2017). Técnicas de Muestreo sobre una Población a Estudio. *Int. J. Morphol.* 35(1): 227-232.

Paredes, J. & Guzmán, A. (2014). El tejido de la rebeldía ¿Qué es el feminismo comunitario? Bolivia, La Paz.

Paura, V. & Zibecchi, C. (2014). Mujeres, ámbito comunitario y cuidado: Consideraciones para el estudio de relaciones en transformación. La Aljaba. Segunda Época. *Revista de Estudios de la Mujer*, 18, 125-147.

Pautassi, L. (2007). El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos. Serie mujer y desarrollo N° 87.

Pautassi, L. (2010). Cuidado y derechos: la nueva cuestión social. En *El cuidado en acción: Entre el derecho y el trabajo*, 69-91. Naciones Unidas, CEPAL.

Pautassi, L. (2017). La vinculación entre educación, cuidado y movilidad. Una aproximación a la situación en la región metropolitana de Buenos Aires, Temas y debates 34.

Pautassi, L. (2018). El cuidado como derecho. Un camino virtuoso, un desafío inmediato. *Revista de la Facultad de Derecho de México*. LXVIII(272), 717-742.

Picco, P. & Soto, C. (2013). Experiencias de Educación y Cuidado para la Primera Infancia. Argentina.

Quiroga, A., & Racedo, J. (2007). *Crítica a la Vida Cotidiana*. Ediciones Cinco.

Razavi, S. & Silke, S. (2008). The Social and Political Economy of Care: Contesting Gender and Class Inequalities. En *The Political and Social Economy of Care Project*. UNRISD.

Rodríguez, A. & Montenegro, M. (2016). Retos contemporáneos para la psicología comunitaria: Reflexiones sobre la noción de comunidad. *Revista Interamericana de Psicología*. 50(1), 14-22.

Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*, 256, 30-44.

Rodríguez Enríquez, C. & Marzonetto, G. (2015). Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 8, 103-134.

Rodríguez Enríquez, C. & Pautassi, L. (2014). La Organización Social del Cuidado de Niños y Niñas. Elementos para la construcción de una agenda de cuidados en Argentina. Buenos Aires: Equipo Latinoamericano de Justicia y Género- ELA.

Rodríguez, G. (2008). ¿Comunidad? Mediación comunitaria, habitar efímero y diversidad cultural. *Polis. Revista Latinoamericana*, 20, 1-15.

Rodríguez, G., Gil, J. & García, E. (1996). Metodología de la Investigación Cualitativa. Ediciones Aljibe. Málaga.

Rojas-Jara, C., Vergara, L. & Rodríguez, R. (2017). La discusión por lo comunitario: reflexiones en torno al concepto teórico-práctico de comunidad. *Revista Liminales. Escritos sobre psicología y sociedad*, 1(12), 101-114.

Subsecretaría Educación Parvularia (2020). Informe de Caracterización de la Educación Parvularia. Santiago de Chile.

Subsecretaría Educación Superior (2021). Empleabilidad e ingresos Portal mi Futuro. Recuperado de: <https://www.mifuturo.cl/buscador-de-empleabilidad-e-ingresos/>.

Tereso, L. & Cota, B. (2017). La doble presencia de las mujeres: conexiones entre trabajo no remunerado, construcción de afectos-cuidados y trabajo remunerado. *Revista Margen*. 1(85), 1-12.

Torns, T., Carrasquer, P. & Borrás, V. (2002). El Estudio de la doble presencia: Una apuesta por la conciliación de la vida laboral y familiar. Disponible en: [https://ddd.uab.cat/pub/estudis/2002/132328/Doble\\_Presencia\\_Informe\\_a2002.pdf](https://ddd.uab.cat/pub/estudis/2002/132328/Doble_Presencia_Informe_a2002.pdf)

Torns, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teoricometodológicas desde la perspectiva de género. *Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*. 1(15), 53-73.

Torns, T., Borrás, V., Moreno, S. y Recio, C. (2012). El trabajo de cuidados: un camino para repensar el bienestar. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 119, 93-101.

Troncoso, L., Galaz, C. & Álvarez, C. (2017). Las producciones narrativas como metodología de investigación feminista en Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 16(2), 20-32.

Valenzuela, M.V., Scuro, M.I., Vaca, I. (2020). Desigualdad, crisis de los cuidados y migración del trabajo doméstico remunerado en América Latina”, *serie Asuntos de Género*, N° 158, Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

## VIII. ANEXOS

### ANEXO N°1 CONSENTIMIENTO INFORMADO

#### CONSENTIMIENTO INFORMADO PARA PARTICIPANTES

##### Proyecto de Investigación:

#### MUJERES QUE VIVEN DOBLE PRESENCIA: TEJIDO COMUNITARIO EN TRABAJADORAS DE EDUCACIÓN INICIAL

Nombre del Investigador principal: Natalia Lichtemberg Jurfest, Terapeuta Ocupacional, Rut: 19-036.774-6

Institución: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile

**Invitación a participar:** Le estamos invitando a participar en una investigación sobre la Participación comunitaria en mujeres que se desempeñan en educación inicial, considerando el fenómeno de la doble exposición a jornadas laborales (en hogar y en JI), conocido como “doble presencia”. Esta investigación es para conocer cómo influye la doble presencia en la participación comunitaria.

**Objetivos:** Esta investigación tiene por objetivo Analizar la relación entre doble presencia y la formación de tejido comunitario en mujeres que trabajan en educación inicial pública en contextos vulnerables de Santiago de Chile.

**Actividades:** Se realizará una entrevista con cada participante, y luego una instancia de comunicación posterior para revisar la transcripción e incorporar algún elemento que haya quedado fuera.

**Riesgos:** Esta investigación no presenta ningún riesgo para quien participa.

**Costos:** La participación en las actividades de la investigación no tiene costos para Usted. Las entrevistas se realizarán a través de alguna plataforma online, por lo que no habrá ningún costo de traslado.

**Beneficios:** Su participación en esta investigación le traerá los siguientes beneficios:

- Participar de una instancia de conversación y reflexión sobre las propias vivencias, lo cual puede permitir observar qué elementos del cotidiano están interfiriendo en la participación en ambientes sociales y comunitarios.

Además, esta investigación mejorará el conocimiento en área de la educación inicial.

**Compensación:** Usted no recibirá ningún pago por su participación en el estudio.

**Confidencialidad:** Toda la información sobre su participación en esta investigación será guardada en forma de estricta confidencialidad. Esta información sólo será conocida por los investigadores o

supervisores de la investigación. Cualquier publicación de los resultados de la investigación será completamente anónima.

**Usos potenciales de los resultados de la investigación:**

- Publicaciones académicas en resguardo de sus datos personales

**Voluntariedad:** Su participación en esta investigación es totalmente voluntaria y se puede retirar en cualquier momento. Si se desea retirar, sólo tiene que notificarle a la investigadora.

**Conclusión:**

Después de haber recibido y comprendido la información de este documento y de haber podido aSandrar todas mis dudas, otorgo mi consentimiento para participar en el proyecto “Mujeres que viven doble presencia: tejido comunitario en trabajadoras de Educación Inicial”.

\_\_\_\_\_  
Nombre del Participante  
Rut.

\_\_\_\_\_  
Firma

\_\_\_\_\_  
Fecha

Natalia Lichtemberg Jurfest  
Nombre del investigador/a  
Rut. 19036774-6

\_\_\_\_\_  
Firma

\_\_\_\_\_  
Fecha

## ANEXO N° 2 ESQUEMA ENTREVISTA

Momento	Tema	Subtema
1	Trayectoria hasta aquí	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Experiencias significativas que llevaron hasta la educación parvularia</li> <li>- Percepción de aspectos de la propia crianza que moldearon la trayectoria</li> <li>- Percepción de la vocación-propósito de su quehacer diario</li> </ul>
2	La experiencia en el jardín infantil	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Percepción del espacio</li> <li>- Afectos y desencuentros, y su impacto en el bienestar</li> <li>- Condiciones laborales que posibilitan el encuentro y potencian vínculos</li> <li>- Condiciones laborales que limitan el encuentro o fragilizan vínculos</li> <li>- Relaciones con las pares</li> </ul>
3	El cotidiano	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Rutina diaria, tiempos, espacios transitados</li> <li>- Cómo se organiza la distribución de tareas en el hogar</li> <li>- Percepción de por qué se configura de esta manera</li> </ul>
4	Espacios de encuentro	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Necesidades o conformismo en torno a los espacios de encuentro</li> </ul>